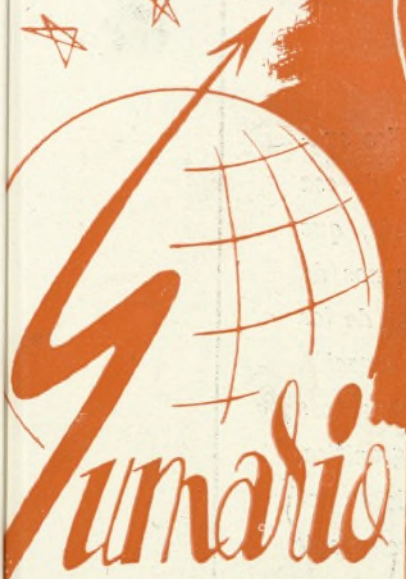


# GENIIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



Federica Montseny: **Unamuno y la libertad del espíritu.**—Mariano Viñuales: **Peñíscola, peana de un aragonés ilustre.**—C. Lizcano: **Las mantillas del arte y su amor.**—Alberto Cursi: **Molinos de viento.**—Octavio Alberola: **Lo absoluto, la libertad y la ciencia.**—José Peirats: **La vida y los libros.**—Puyol: **La ruta sin fin. Novela fantástica y real.**—Tony Gibson: **La adolescencia.**—Campio Carpio: **América ante el mundo.**—Angel Samblancat: **Superturismo dolar.**—Hem Day: **Antimilitarismo y anarquía.**—Plácido Bravo: **Devaneos. En apuros de pureza.**—Alejandro Berckman: **Kronstadt.**—Benito Milla: **En el campo.**—Fritz Brupbacher: **Marx y Bakunin.**



35  
NOVIEMBRE  
1953

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

*Debemos al exquisito pincel de Joaquín Sorolla este magnífico cuadro de caracteres. Sorolla no es solamente el pintor de la luz, de esa luz del litoral mediterráneo, incomparable por su transparencia, que tiene su tonalidad extraordinaria en nuestro Levante. Sorolla nos da aquí, no menos acabada, una impresión de la recia personalidad de los hijos de Aragón, próceres de una raza indómita, tenaz, prolongación y encarnación a la vez del paisaje, de esas estribaciones pirenaicas batidas por el cierzo helado. El aragonés parece tallado en la roca granítica. Así son sus hombres, sus grandes figuras históricas, y ejemplo es ese Pedro de Luna, cuya recia silueta hallarán los lectores perfectamente estudiada, en este mismo número, por la pluma de uno de nuestros más competentes colaboradores.*

### LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE

DANS

### LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# UNAMUNO Y LA LIBERTAD DEL ESPIRITU



ODA la Prensa mundial se ha ocupado del incidente producido en Salamanca, con motivo del homenaje a Unamuno preparado por un grupo de intelectuales extranjeros en la «docta ciudad», y al cual han puesto el veto las autoridades eclesiásticas y gubernativas de España.

Alrededor de ese suceso, periódicos «bien pensantes» como «Le Monde» se han visto obligados a decir cosas acerbadas en torno a la dictadura franquista y al espíritu intolerante de la Iglesia española.

Porque lo más chocante del caso es que Unamuno jamás fué ni marxista, ni anarquista, ni un librepensador. Unamuno murió bajo el régimen franquista y asistió a festividades docentes al lado de la esposa del Caudillo en la misma ciudad donde hoy no ha podido celebrarse el homenaje organizado por los intelectuales ingleses, franceses y americanos que pretendían honrar, en la persona de Unamuno, a la cultura española.

Unamuno, paradójal, contradictorio, espíritu agitado e inquieto, inestable filosófico y político, no fué ni suyo ni nuestro. Fué un independiente en revisión continua de sus propias ideas, condenando hoy lo que ayer elogiara, combatiéndose a sí mismo, en su alegre furia crítica de iconoclasta. No fué un ateo; fué un impío. No fué un revolucionario; fué un rebelde a todo molde, a toda idea hecha, a sí propio.

Eso probablemente no lo perdonan los jerarcas del clero y de la Falange. En una época de obediencias ciegas —a los Caudillos y a los Jefes, a los Conductores y a los Mesías— un hombre irreverente, analizador, imbuido de dudas filosóficas constantes, es un peligro. Descartes y Pascal serían hoy considerados más sospechosos que en el tiempo en que florecieron, y el espíritu de Erasmo y de Spinoza provocaría indignación en la España franquista. ¿Qué decir de los sobresaltos que producen a obispos, monjas y analfabetos de Fa-

lange los discípulos de Hegel, de Kant y de Schopenhauer, los envenenados a distancia por Nietzsche, los que bebieron los filtros ponzoñosos de toda la filosofía de lejos o de cerca fecundada por la Enciclopedia? Unamuno representa todo esto en España. Es Krausse y el kraussismo, Büchner y Darwin, Guyau y Croce; la duda y sus fecundas inquietudes, la angustia de lo incierto y la fe floja del que examina.

¿Cómo la España medieval representada por el franquismo podía tolerar que se homenajeara todo esto, producto del infierno y camino a él conducente, en la Salamanca purificada, curada de toda ciencia especulativa y de toda veleidad de especulación posible?

\*\*\*

Pero lo que la España de Franco no puede impedir es que, para el mundo, todos los valores auténticos e internacionales de España nada tengan que ver con el régimen y sus ideas dominantes. Para la Poesía moderna, España es García Lorca y Miguel Hernández, los dos supliciados por la dictadura. Es Antonio Machado, muerto en un campo de concentración. Es León Felipe, símbolo de la Poesía exilada. Para la Ciencia moderna, España es el profesor Altamira, muerto en el exilio; es el doctor Márquez; es la pléyade de médicos, de catedráticos, de investigadores ilustres, desparramados por el mundo, proscritos por el franquismo.

Para la Literatura moderna, España no puede ser esa producción cursi de Federico Sanchiz, ni de Giménez Caballero; ni los plagios descarados de Doña Julia Maura; ni esa floración de literatos falangistas entregados con desenfreno a la glosa de la España vieja y podrida, de sus glorias malolientes y de su espíritu inquisitorial.

España es y será siempre Joaquín Costa, y Giner de los Ríos, y Sanz del Río, y Dorado Montero, y Angel Ganivet, y Galdós, y Pi y Margall, y Ruiz Zorrilla, y Castelar, y lo que produjo la generación del 98, a la que perteneció Unamuno y de la que fué el máximo exponente.



Y hoy conocidos internacionalmente no hay más que los críticos y los prosistas abiertos al mundo, que se confundieron con el movimiento literario general, sufriendo sus influencias e introduciendo en España sus inquietudes y las lentas y constantes conquistas del espíritu, liberándose cada día un poco más de los dogmas, de todos los dogmas.

Como la Rusia eterna será la de Dostoyewski y Tourgueneff, la de Pouchkine y Gogol, la de Tolstoy y Gorki. Jamás el espíritu encadenado pudo producir obras geniales. Y cuando las produjo, como el Quijote de Cervantes, fué como una reacción contra el medio, escapando a las prisiones morales y jugando al escondite con el Santo Oficio. La Edad Media fué un enorme eclipse en la historia de Europa; un período oscuro y sanguinario, de guerras y de fanatismos. De él fué saliendo poco a poco, con el Renacimiento y la Reforma, con la aparición de los cismas y la rebelión del espíritu.

Y si algo queda de ella, es el recuerdo y la obra de los que representaron las solas inquietudes y la evasión, por el arte, por la poesía, por la literatura, por la filosofía, de la doctrina infecunda y férrea.

\*\*\*

Aparte sus consecuencias internacionales —desde luego mínimas, pues no por eso el régimen franquista pelagra a los ojos de sus asombrados colaboradores presentes— el caso de Salamanca revive y actualiza nuevamente lo que es el problema filosófico y político planteado al hombre moderno.

Y es el de los derechos del espíritu. El espíritu, el pensamiento, la inteligencia, ¿tiene derecho a ser libre? ¿Tiene derecho a no pertenecer a ninguna escuela, a no adscribirse a ningún grupo, a no someterse a ninguna obediencia?

La pregunta parece anacrónica y obvia. Por desgracia, jamás tuvo más escocedora actualidad que hoy.

Nunca como ahora los derechos del espíritu se habían visto tan discutidos. Aun bajo la Inquisición y el control estrecho del pensamiento por los padres de la Iglesia, la persona moral del espíritu, de esencia divina, sopló insuflado por Dios en el cuerpo del hombre, no era discutida. El espíritu, el alma, el fluido misterioso que daba la vida moral al hombre, era algo colocado por encima de todas las contingencias. Hoy no. Hoy el espíritu de esencia divina ha sido destruido y al hombre material y racional, al hombre-naturaleza formando conciencia de sí misma —según la genial definición de Reclus— se le discuten todos los derechos. El primero, el de la libertad del espíritu.

Para las nuevas concepciones filosóficas y políticas, en gama infinita, desde el nazismo hasta el marxismo, el espíritu es un peligro, y toda crítica individual que puede ser perjudicial para los intereses del Estado —individualista o comunista— merece la muerte. Nunca los derechos del espíritu se habían visto tan limitados y nunca la existencia y la actitud del hombre independiente fué tan difícil y tan poco aceptada generalmente.

Porque hasta las ideas más avanzadas, hasta aquellas que escapan al rigorismo de las razones superiores de colectividad o de Estado; hasta aquellas que pugnan por conservar al hombre su dignidad y por acrecentar su valor como individuo y como espacio, al margen y por encima de abstracciones y de intereses, juzgan sospechosa toda veleidad de independencia. Las propias necesidades de la lucha y el propio contagio de las ideas des-

humanizadoras, han producido un curioso estado de espíritu contrario a todos los derechos del espíritu. Se tiende a anteponer los intereses de las comunidades por encima de los intereses del individuo. Y como casi siempre el individuo y su interés están en contraposición con el conglomerado de intereses que se unen para asegurar la supervivencia de determinadas formas tradicionales, garantizadoras de determinados privilegios prácticos o teóricos, de ahí que el anatema contra toda manifestación individual de inquietud, de libre-examen, de crítica, de innovación, sea general y unánime. Y a la norma no escapa nada ni nadie. ¿Acaso Juan Gabriel Borkmann, con su espíritu recto y justo, no es el enemigo del pueblo, al que daña con sus principios de honestidad y de respeto de la verdad y de la justicia?

Por regla general, todo hombre que rompe moldes, que discute las ideas generalmente admitidas, que se esfuerza en desentrañar incensablemente el por qué de todas las cosas, que lucha contra todo prejuicio, que desborda todo marco de secta, de nación, de idea, de credo, de época incluso, es incomprendido, criticado y repudiado por su tiempo. Y ahora más que nunca, en que jamás se había encasillado a los hombres tan ferozmente.

Los encasilla el franquismo; los encasilla el comunismo; los encasilla el socialismo. Hasta nosotros, muchas veces, tendemos a encasillarlos, temiéndolo el contraste y la discusión. En el fondo, es la más flagrante y terrible manifestación de debilidad ideológica, de pérdida de toda confianza en el hombre, en su destino y en sus ideales.

Y no obstante, no hay riqueza posible para el espíritu, si se le niega el derecho de coger flores en todos los prados, de nutrirse, de amueblarse, de poblarse con múltiples aportaciones e influencias. No hay libertad posible para el espíritu, si no tiene la posibilidad de conocerlo todo, de examinarlo todo, de juzgarlo todo, de elaborar por sí mismo su fe y su razón, de buscar por sí mismo su ideal y su justicia. La lenta y trabajosa ascensión interior de Beethoven, llegando a la paz y a la fuerza interior, a la alegría íntima por el sufrimiento, fruto de la incompreensión y de la lucha incesante contra todas las inclemencias sociales, es el producto de ese trabajo del espíritu, buscándose a sí mismo, formándose a sí mismo. En este siglo de ideas hechas, pre-fabricadas, servidas a las multitudes, impuestas a los hombres, ¿cómo parece añejo y desplazado cuanto digo!

Y sin embargo, el incidente de Salamanca actualiza y evidencia una vez más que hay que velar y que luchar por la libertad del espíritu. El: «Libertad, ¿para qué?», de Lenin y el: «Libertad, ¿para qué hacer?» de Bernanos, han de obtener una respuesta rápida y permanente. Libertad para ser libre. Para pensar libremente, para ponerse libremente de acuerdo con los demás hombres sobre los límites y las condiciones colectivas de la libertad; para ser cada hombre la célula inicial y básica de todo el cuerpo social. Libertad para no enajenar los derechos de la conciencia ni sacrificar el hombre individualmente a ninguna consideración de interés colectivo.

¿Quién administra y calibra lo que se llama interés colectivo? ¿Qué hombre o qué grupo de hombres podrá considerarse suficientemente infalible para saber, a ciencia cierta, cuáles son los indiscutibles intereses colectivos, a los cuales el individuo debe sacrificarlo todo? A la vieja razón de Es-



tado sustituye hoy la nueva razón colectiva. Y la colectividad es una abstracción, una entelequia como el Estado. No hay colectividad sin hombres. Y no hay hombres sin vida individual. Como no hay vida individual sin asociación. De átomos, de células, de hombres. El hombre es una unidad compuesta de unidades asociadas que debe asociarse a su vez para vivir. Pero asociarse no es desaparecer, sacrificarse, anularse, renunciar a sí mismo y a todos los derechos inalienables a la persona humana. Derechos materiales y morales. Del cuerpo y del espíritu.

Hoy se tiende al automatismo y se ha creado ya una ciencia nueva; la cibernética, dedicada al estudio de los robots. ¿A dónde iremos a parar?

El clero y el Estado español proscriben a Unamuno. Pero, ¿es que Unamuno y lo que de Unamuno quieren proscribir los fanáticos y los jerarcas españoles, no pretende proscribirlo toda una corriente moderna, creada por desviaciones monstruosas y por tendencias anormales, dignas de examen psiquiátrico?

No. Hay que vigilar celosamente y defender con encarnizamiento los derechos, todos los derechos del espíritu. Las dictaduras lo encadenan, juzgan-

dole el peor, el más peligroso, el más inasible enemigo. Nosotros, los amantes de la libertad, aquellos que la defendemos y por ella luchamos, debemos ser sus campeones más decididos y esforzados.

El hombre es la única realidad viviente y sus derechos: derecho a la vida, derecho a la felicidad, derecho a la libertad, son inalienables, compatibles siempre con las realidades de todas las épocas. Jamás, en ningún momento y bajo ningún pretexto, pueden ser sacrificados a consideraciones circunstanciales, transitorias. El hombre, la vida, en sus varias e infinitas manifestaciones, es lo permanente. El Estado, las formas sociales, las fórmulas políticas, las elucubraciones filosóficas, son lo accidental y subjetivo.

Defendamos al hombre y los derechos de lo más elevado, de lo más digno de la naturaleza humana, aquello que le permitió superarse en la escala animal y tomar conciencia y conocimiento de sí mismo: el pensamiento, el espíritu, la llama interior que lleva a las circonvoluciones de su cerebro y al mecanismo de su corazón y de sus nervios, la aspiración y la esencia de lo Ideal y de lo Infinito.

Federica MONTSENY

## PEÑISCOLA

### peana de un Aragonés ilustre



**D**E paso para Valencia y en la compañía de mi amigo, Angel Samblancat, me señaló éste, al dejar atrás a Benicarló: —Mira, Peñíscola.

Volví la cabeza y allí estaba Peñíscola; un puñado de casas sobre una roca cimera por los muros de un castillo centenario. Al conjuro de aquella roca histórica, prestigiada por la terquedad

indomable de un aragonés ilustre, nuestro pensamiento voló hacia los tiempos del viejo Aragón y nuestras palabras fueron glosando los gestos y las gestas de aquel pueblo prócer, cien años más avanzado que Castilla. Las figuras de aquellos Cerdanes, los Borjas, Antonio Pérez, Lanuza, los Lunas, Conde de Aranda, etcétera., cobraban en la evocación los perfiles de una humanidad granítica, tallada en la roca del paisaje y en los aceros de la época. Recuerdo que Samblancat y yo conveníamos en que de todo aquel desfile de figuras de romance era Pedro de Luna, aquel Don Pedro de Luna, el tipo más fuerte, la figura más recia, la más entera y completa, que había dado Aragón. Y recuerdo también que me hice el propósito de visitar Peñíscola tan pronto como mis ocupaciones me lo permitiesen.

Y fué al año siguiente. Una mañana espléndida de mayo. La luminosidad del cielo mediterráneo se tra-

ducía en un a modo de ternura en los azules de las aguas y en los verdes de la huerta alledaña. En aquel cuadro de luz y de belleza, yo, que me sentía traspasado por la euforia ambiental, me sentí también ganado por impulsos raras veces experimentados. Yo sabía de estos impulsos algunas veces gozados ante el bello espectáculo de la naturaleza. Pero nunca — porque me faltaba la fe de Amiel — y en ningún lugar me he sentido tan equidistantes de la tierra y del infinito como aquel día en Benicarló. La bondad de aquellas tierras, la belleza del paisaje, la serenidad de los horizontes despertaban en mí un ansia panteístas de gozarlo todo y de ser a la vez gozado por cuanto me rodeaba, un anhelo de diluirme, de atomizarme en el gran Todo y participar con mis moléculas en la elaboración continua de las formas materiales: ser flor en los naranjos, linfa en los riegos, trino en las frondas, espuma en los cantiles, musgo en las rocas y lírica en las rompientes...

Peñíscola daba la impresión de que se «metía» mar adentro. Avanzaba sobre un mar tranquilo, de azul profundo como el cielo. Se me antojaba un barco ideado y construido por seres de una imaginación monstruosa, que se disponía a partir. Y bien fuese por el deseo de llegar pronto, bien por la autosugestión de que el barco pudiese zarpar sin mí, apresuré el paso. Mis compañeros, mal de su grado, hubieron de imi-



tarme. Entramos por una portada guarnecida de clavos redondos, remachados a martillo, hecha para resistir las embestidas de los hombres y de los siglos. Y, al pasar bajo aquellas arcadas que otrora habían escuchado el entretroque de los arreos bélicos mezclados a los rezos impetratorios de las gentes de Pedro de Luna, me vinieron a las mientes hechos y rostros, historias y fantasmas de otros tiempos.

Peñíscola tiene una larga historia de disputas sangrientas. Aquella roca enhiesta, retadora del mar y proa de la vieja Iberia indomable frente a la Roma dominadora, fué citada ya por Estrabón, el geógrafo más antiguo; llamóse Acra Leuce, Castrum Album o Castrum Altum, según unos; Carna, según otros. Estrabón la cita con el nombre de península del Quersoneso.

Aníbal Barca la fortificó. Fué una fortaleza de los moros durante la dominación árabe. Jaime I se la arrebató a los agarenos y se la dió a los Templarios; de éstos, pasó a los Sanjuanistas y luego a la Orden de Montesa. En 1415 tomó posesión de la roca Pedro de Luna (Benedicto XIII), instalando en ella su Sede y su Colegio de Cardenales. La mandó circundar de un baluarte y por la parte que da al mar hizo labrar en la roca una escalera que bajaba desde lo más elevado, para comunicarse con las naves que llegaban hasta el cantil. En la guerra de Sucesión, Peñíscola se declaró por Felipe V y opuso una resistencia tenaz a las tropas del archiduque. En 1811 fué conquistada por el general francés Suchet y más tarde, en 1814, fué recuperada por el general Elío. He aquí a grandes rasgos la historia de Peñíscola, de esta aldea roquera de calles tortuosas y pendientes que, encerrada dentro de muros, casamatas, fosos y cuarteles, permanece igual, tiene el mismo aspecto, la misma fisonomía, que debió ofrecer en los tiempos del pontificado de Luna. Nada parece haber cambiado allí. Ni los hombres ni las olas ni los siglos pudieron alterar la roca ni la misma vida que en ella germina, discurre y pasa con el mismo ritmo con que germinan y crecen los musgos en aquellos bastiones seculares.

\*\*\*

Peñíscola es un lugar de evocaciones, un relicario de recuerdos. Y para un aragonés, que ame las virtudes de su pueblo, la visita a aquella roca será siempre motivo de emocionadas remembranzas. Yo he de confesar que cuando hollaron mis plantas el pavimento de las vastas naves del castillo, sentí una emoción profunda. Recordaba a Pedro de Luna y recordaba al Aragón que había producido hombres de aquella talla. Recordaba al Aragón del Derecho de Manifestación y del Derecho de Firma, al Aragón del Privilegio General y del Privilegio de la Unión, al Aragón de la Institución del Justicia y al Aragón de aquellas Cortes, las más celosas, en su tiempo, de las franquicias, fueros y libertades populares. Pedro de Luna era hijo de aquel Aragón, intransigente en cuanto se tocara a sus derechos. Los hombres son el paisaje, pero también son la tradición. Y lo tradicional en Aragón era colocar el fuero popular por encima de las prerrogativas reales. *Prius leges; post reges*, proclama el Fuero de Sobrarbe. Pedro de Luna respondía a esa tradición. El creía, y no le faltaban motivos para

ello, que su elección había sido canónica. Y él tenía que defender su derecho a la silla de San Pedro con el mismo tesón, con la misma terquedad con que cualquier aragonés habría defendido el más insignificante de sus fueros.

Pero hay más; a la muerte de Clemente VII, los cardenales de Aviñón, al elegir sucesor, buscaron a un hombre ilustre por su cultura y su piedad, que prestigiase la dignidad pontificia, tan mal parada a la sazón. Este hombre era Pedro de Luna, varón de una austeridad proverbial y de una gran cultura. Había fundado en Escocia la Universidad de San Andrés y había establecido los Estatutos de la Universidad de Salamanca. Lafuente y otros historiadores convienen en que era uno de los hombres más preclaros de su época. El propio Azoc, historiador de la Iglesia, tan parcial a menudo, no regatea elogios a sus méritos. Hombres de la austeridad y de la cultura del Papa aragonés no abundaban en el clero de aquellos días. Tan es así que tal vez al espectáculo que ofrecía la podredumbre del clero romano deba una buena parte la obstinación de Benedicto XIII. El sabía que no podía haber paz en la Iglesia mientras la tiara tocara testas tan venales y concupiscentes como la del degenerado Baltasar Coxa, elegido frente a él con el nombre de Juan XXIII. Esta consideración debió pesar en su conducta, afirmándose más y más en la defensa de sus derechos. La dignidad pontificia no podía estar a merced de clérigos simoníacos y corrompidos. Y esta dignidad, desde el segundo siglo de la era cristiana, no se daba precisamente a los hombres más virtuosos ni a los más sabios. Desde los primeros siglos de la Iglesia, y lo afirman el propio San Esteban y el filósofo Plotino, la tiara, cuando no era conquistada a sangre y fuego, dábale a los hombres más intrigantes o más ricos de la casta clerical romana.

Sumido en estas y otras múltiples consideraciones sobre aquella época de la historia de mi pueblo, cruzaba yo por aquellas naves, hoy desiertas, que fueron un día sala de recepciones, colegio de cardenales, cuarteles, etc. En mi deambular llegué a la cámara de Pedro Luna. En un descuido de mis acompañantes me había separado de ellos, para mejor entregarme a la soledad de mis recuerdos. Me refugié, pues, en aquella pequeña estancia que fuera nido de un aguilucho indomable. La habitación es reducida y da la impresión de eso: de un nido de águilas colgado en la parte más saliente del peñón sobre el mar. Una pequeña aspillería ojival da al oriente, sobre el horizonte, en cuya línea se confunden aguas y cielos. Me eché de bruces en la ojiva y, oteando las lejanías, dejé volar mis pensamientos sobre el cristal del mar...

Magnífico mirador tenía mi paisano, pensé para mis adentros. Desde esta pequeña ventana su mirada de águila debió extenderse sobre toda la superficie de este mar, centro, en la Antigüedad, en la Edad Media y en nuestros días, de los intereses humanos. Por allá debió ver avanzar hacia las costas ibéricas las naves de Cartago, la belicosa. Más allá, las de Egipto, legendario y remoto. Más hacia el sureste, las de Fenicia y Sidón, las dos repúblicas-laboriosas y comerciales de la bíblica Judea. Más hacia el naciente, las naves de la Hélade antigua con sus velas doradas por el sol de los cielos de Atica. Y enfrente



las trirremes poderosas de la Roma Imperial, salpicando los mascarones de proa en las espumas de estas olas latinas.

Desde este refugio, mecidos sus pensamientos por la salmodia de estas aguas, el Papa aragonés debió atalayar, más de una vez también, aquellos veintitantos años últimos, tan agitados, de su vida. Más guerra había dado él con su obstinación y terquedad que todos los reyes juntos de Europa. Sitiado por más de cinco años en su palacio de Aviñón por las tropas del rey francés, sin más defensa que unos cuantos cardenales, algunos clérigos, entre los que estaba San Vicente Ferrer, ardiente partidario de Pedro Luna éste no desmayó un momento. Al contrario: desde su encierro, Benedicto XIII traía al retortero a todos los príncipes cristianos, a la alta y baja clerecía y a los embajadores de Francia, Castilla, Aragón, Nápoles y Sicilia. El espectáculo del mundo cristiano era confuso por demás. Ora se sometían unos príncipes a la obediencia del antipapa, ora le estrechaban otros el cerco en la mansión pontificia; predicábase por todas partes, unos en pro y otros en contra de su legitimidad; se hacían y deshacían a todas horas propuestas y negociaciones. Tal era la situación en 1403, cuando el condestable de Aragón, Jaime Prades, se dispuso a liberar al Papa Luna. Y para ello una noche abre un boquete en una casa contigua al palacio pontifical y sacando de madrugada al Papa lo lleva al Ródano, en donde le esperaba el cardenal de Pamplona con gentes de armas y una barca en la que se trasladaron al Chateau-Renard.

Las previsiones de Jaime Prades se realizan sólo en parte. Noticiosos los reyes de Francia y de Castilla de la fuga del Papa aragonés, se apresuran a someterse a su obediencia. Pedro Luna se dirige a Marsella, escoltado por el duque de Orleáns. De Marsella manda sus legados a Bonifacio IX, tratándole de intruso y, a continuación, manda armar unas galeras en Barcelona para marchar contra Roma. Se traslada a Niza, adonde acuden los reyes de Nápoles y Sicilia a rendirle pleitesía y en donde es recibido en procesión solemne por todo el clero. Igual recibimiento le es tributado en Génova. El partido de Luna crece hasta el punto de que, temeroso el rey francés, le retira, por razones políticas, la obediencia. A todo esto, el Papa Luna va consagrando obispos y creando cardenales, haciendo caso omiso de sus adversarios. Más tarde, la muerte del rey Martín deja sin sucesión al trono de Aragón. Se acuerda celebrar la famosa reunión de los compromisarios de Caspe. Pedro Luna

apoya al príncipe Fernando de Castilla, en cuyo favor está el Justicia de Aragón, el arzobispo de Zaragoza y el gobernador Lihori. Más tarde, Fernando de Castilla, en pago, le retirará su adhesión.

Elegido Fernando por los compromisarios de Caspe, trátase de poner fin al cisma. A la sazón hay tres papas: Juan XIII, Gregorio XII y Benedicto XIII. Convócase el Concilio de Constanza en Perpiñán, al que acude el emperador romano, amén de los representantes de los reyes de Francia, Aragón, Castilla, Navarra y otros príncipes de la cristiandad. Consiguiese la abdicación de Gregorio XII y de Juan XIII (como buen clérigo romano el último se retracta). Y cuando todos esperaban que Luna renunciase, abandona Perpiñán, dejando con dos palmos de narices al emperador y rey de los romanos, a los embajadores de todos los reyes y a todos los cardenales y mandatarios de la Iglesia. Marcha al pequeño puerto de Colliure, hasta donde le persiguen los embajadores de todas las Cortes de Europa, suplicándole la renuncia, y embarca con sus cardenales para refugiarse en Peñíscola. En vano tratarán el rey de Castilla y el de Aragón reducirlo. Pedro de Luna no se somete; continuará en sus funciones hasta que le sorprende la muerte en el año 1423, a la edad de noventa años, a los veintinueve de su elección y a los ocho de su encierro en esta fortaleza.

\*\*\*

Mis compañeros dieron conmigo en el escondite y pusieron fin a mis evocaciones. Era la hora de abandonar aquel lugar: la «paella» estaba ya en su punto. Y, mal de mi grado, hube de salir del refugio y atalaya de Benedicto XIII, ejemplo de inflexibilidad de carácter, de terquedad y obstinación irreductibles.

—¿Qué haces ahí, tan solo?—me preguntaron.

—Vivir un trozo de la historia de mi tierra...

Dejamos Peñíscola. Ya cerca de Benicarló, me volví para dirigir una última mirada a la roca. Pedro de Luna—pensé—no podía haber elegido una peana mejor a su figura formidable de insumiso. Y mi imaginación lo vió por unos instantes alzarse como un reto sobre los bastiones del castillo, fulminando a diestro y siniestro anatemas y excomuniones. Y hasta me pareció oír su voz tonante, increpando y conjurando a los vientos y a las olas, que amenazaban hundir su nave en cierta travesía, a que amainaran porque él, ¡él era Pedro de Luna! Y es que en el fondo Pedro de Luna era un ateo, por lo menos en potencia.

Mariano Viñuales

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### *“La Vida y los Libros”*

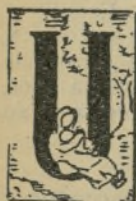
Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# Las mantillas del Arte y su amor

«Y quedamos eternamente unidos en lo eterno mediante nuestro esfuerzo supremo: mediante el arte.»

Stefan ZWEIG.



NO de los más excelsos, añejos y más castos sentimientos del género humano es el gusto por el arte. Desde los tiempos primeros de la prehistoria, el hombre ha querido expresar por medio del trazo, el sonido y la herramienta, las inquietudes creadoras que afloraban a la maceta nueva de su conciencia y de su sensibilidad, levantando con ello el tabique zoológico divisor entre la raza humana y las demás especies animales en cuya compañía había vivido ¡quién sabe cuántos milenios!

Con la voz humana, y los primeros chispazos del raciocinio, aparece el sentimiento del arte que había de enroscarse a nosotros como una bufanda caliente de dimensiones infinitas en el tiempo y en el espacio corazonal de las generaciones.

Hay muestras, existen piezas fielmente expresivas del arte lacustre y cavernícola, practicado por el hombre hace centenares de miles de años. Recientemente tuvo lugar en París una original Exposición de Arte Prehistórico en la que se mostraban diseños, alegorías y piezas verdaderamente extraordinarias. Es digno de citarse el diseño que reprodujo «L'Echo d'Oran» en su sección semanal «Artes y Letras», consistente en la figura de un magnífico toro (junto a otros pequeños animales indeterminables) cuyo vigor en el trazo, la audacia de la idea y el brío espontáneo de la majestuosa cornamenta, no tiene nada que envidiar a cualquiera de las obras hechas por los impresionistas de ahora. ¿Es que el enrevesado arte de los maestros del surrealismo moderno no tiene mucho de común con estos candorosos diseños cuarternarios? No hace mucho, un reputado crítico francés hacía un estudio dedicado a las tendencias actuales del arte pictórico, que para comprender a Picasso, a Braque o a Chagell, para penetrar en los emocionantes misterios del arte abstracto, había que ser tan ingenuos y tan inocentes como los niños. Personalmente el articulista ha visto, también en Orán (Galerie Coline) una Exposición de obras de alfarería debidas a las manos y al genio maestros del célebre pintor cuya estructura y dibujos ornamentales recordaban, por asociación de impresiones, las orzas antiguas en que las abuelas castellanas guardan, como oro en paño, las adobadas

tajadas de solomillo; y los jarrones altos, de airoas asas, bordados con lenguas demoniacas de azul y blanco, que tanto excitaban el gusto vinícola de Sancho Panza en las bodas fastuosas de Camacho.

No dijo, pues, disparate quien afirmó, el primero, que no hay nada nuevo bajo la capa del cielo; de esa capa aérea e imponente, agujereada por miles de estrellas que son otros tantos mundos pululando en la noche de la eternidad. Lo que considerábamos como la vanguardia «originalísima» del arte pictórico moderno, incomprensible a la mentalidad común y hasta para algunas minorías cultivadas, tiene sus raíces vitales, se alimenta armoniosamente de aquella savia que se esconde en el tronco milenario del genio artístico, de la vocación creadora del hombre (y de la mujer), con los primeros artistas habitantes en las cuevas rupestres de Almería, en los repliegues del Atlas africano; en las casas de paja de los predecesores de Moctezuma en México; entre los abisinios negros como tizones; entre los australianos; y allá en el país lejanísimo, abuelo de civilizaciones, donde la gente tiene los ojos como diminutas almendras inclinadas: las tierras extrañas y multicolores de Buda y de Confucio.

De ahí que el «amor al arte» (tan menospreciado por los tontos y los egoístas) sea tan viejo como el mismo «arte del amor», y hasta no sería dislate afirmar que nacieron juntos. Al margen del cuento edénico de Adán y Eva (donde toda fantasía tiene su asiento y todo dogma su acomodo), cabe pensar que el hombre sintiera el acicate instintivo de embellecer, de humanizar, el acto animal de la procreación, mediante la caricia y la voz cariñosa prodigadas a la hembra, en las primeras manifestaciones del sentimiento y de la razón humanos.

El arte, como hijo de estas mismas cualidades tanto instintivas como sentimentales, o en mezcla biológica natural, debió nacer al mismo tiempo, hace la friolera de 40.000 años. A esa edad milenaria trasladan los paleontólogos y artistólogos (valga la frase), que han organizado esa Exposición habida en la capital francesa, las más valiosas y representativas muestras del arte prehistórico, que allí se han exhibido.

¿Es que cabe alguna duda sobre el papel preponderante jugado por el libre sentimiento artístico del



hombre en la evolución de las ideas, en los valores de la cultura, en la confirmación de los principios eternos de la libertad, la justicia, y la solidaridad humanas? ¿Es que el arte (genéricamente considerado), puede ser jamás separado, puede marchar al margen o frente a esos altos principios que son la esencia y la potencia en el decurso universal de las sociedades humanas?

Es verdad que hay artistas como Salvador Dalí, y arte, como el que en literatura practica el escritor soviético Iida Eremburg, que son la más sarcástica negación de esas cualidades intrínsecas que le atribuimos al sentimiento artístico. ¿Pero es que pueden tomarse como modelo los detritus morales de esos sistemas obscurantistas, de esos regímenes regresivos, que tal representan los que diciéndose pintores, poetas, escritores o músicos venden su alma al diablo repulsivo del totalitarismo?

Miremos de frente a las lunas brillantísimas de Pablo Casals, de Juan Ramón Jiménez, de Stefan

Zweig (que prefirió el suicidio a la ignominia); de Alberto Cursi, de Antonio Zozaya, de Antonio Machado, de Juan Peiró (artista de la honradez proletaria), de Julián Besteiro, de Mauro Bajatierra (que escribió las mejores crónicas de la defensa de Madrid), y de tantos y tantos hombres integérrimos que con su vida han ennoblecido las más hermosas actividades plásticas de la existencia, ligada a los ideales e inquietudes del progreso social y de la libertad humana.

Por eso podemos ver a diario en el círculo propio de nuestros medios y de sus hombres, que se labora, se activa y se vive, sin ningún interés mezquino, con magnánima predisposición, al calor de unos ideales y de unos sentimientos empapados de humanista generosidad. Por eso a los que afirman desdeñosamente que hoy no cabe hacer nada por «amor al arte» tenemos que responderles con la persistencia en nuestra conducta.

C. LIZCANO

## Molinos de viento



VISITABA yo en estudios hidrológicos cierta comarca de la alta Cataluña. Un vivo crujir de manojo de cañas, castañuelas, sartenes, botes de conservas vacíos, campanillas, y cien otros elementos sonoros invadían el aire y daban al campo animación de pueblo infantil y placentero. No obstante, no se veía músico ni danzante alguno, y hube de preguntar quien daba tan formidable serenata, y alguien me contestó: es el gran huelguista que trabaja para nosotros. Cuya contestación me dejó más admirado todavía. Y al advertir mi cara de asombro, añadieron: es el aire, hombre, es el aire, que no se vé y trabaja como mil demonios espantando los pájaros de día y los roedores de noche, prestándonos un servicio admirable.

Esta lección no caía en saco roto. Acababa yo de conocer a todo un juez recién llegado a Barcelona que en lo mejor de su bagaje traía un proyecto de grandes molinos de vientos para incrementar los servicios públicos y la industria catalana. Yo le ayudé, construyéndole un modelo reducido y estimulándole en su noble empeño. Sus principales puntos de vista eran las montañas, cuyas cúspides las quería poblar de gigantes productores de fuerza en favor de la colectividad. Tan lisonjeros propósitos se desvanecieron en virtud de un traslado.

Muchos años después me hallaba emigrado en Francia, en Perpignan, y una orden alemana nos lanzó

a vivir fuera y hubimos de hacer vida nueva en unos edificios aislados en las cercanías de un pueblecito denominado Campagne, del departamento del Aude, cuya localidad se dedicaba especialmente al cultivo de las viñas y confección de un vino especial, donde estaban en continuo combate, el hombre, los pájaros y los roedores.

La necesidad me hizo pensar en la comarca de la alta Cataluña y en el juez de la molineta salvadora, y, en efecto me salvé; pero sin padrinos, pues me ayudaron nuestro compañero Luis Marcos, hoy en Chile, un cosechero de vino «Blanqueta», cuyo nombre he olvidado, y el empresario de obras español, no refugiado, Francisco Jordán. Y, a parte otros trabajos de dibujo y pintura, muebles y otras pequeñeces, hice molinetas que espantaban a los pájaros y al hambre. Pude decir también que reconcilié a las gentes con el campo, porque cada nueva molineta era un imán que trasladaba al seno de las viñas y de los campos de hortalizas a todo un pueblo. Incluso se organizaron excursiones escolares. Por cada molineta que empleaba dos días en construir, cobraba 250 francos, pintada, y emplazada en el lugar de combate, a veces, a dos o tres kilómetros de mal camino.

Tiempos pasaron y mi situación es muy otra. Los años, mi asiduidad «au marché des puces», y la espléndida de mis compañeros y amigos, me han llenado de libros y revistas los estantes. Y José Barrachina, que está buscando petróleo en las Landas acaba de proporcionarme libros y revistas que estudian el tra-



bajo del aire y el aprovechamiento de esta fuerza ociosa, que el desdén humano tiene relegada y que yo entiendo que debemos rehabilitar.

No es menester esforzarse mucho para demostrar el origen de nobleza de la fuerza del viento, que es aire en movimiento. Hasta un ayer muy próximo no hubo en el mar otra energía que ofreciese la posibilidad de recorrer el mundo. Pasad los ojos por «La Historia de la Navegación». Y en los elementos de Ciencia en general, sobre todo de Geografía, y reparad en el caso maravilloso de Holanda, país nunca bastante alabado por su carácter, su entereza y su ejemplo por su superioridad de dominio de las fuerzas naturales.

Todo el mundo está de acuerdo en que el aprovechamiento de la fuerza del viento sería un medio de progreso importantísimo. Todas las naciones han hecho pruebas concluyentes, oponiendo por fin, la tremenda tontería de que resultaba cara dicha fuerza. Y, sin embargo, ya puede subir el precio de las materias caras, que todo va bien, la cuestión es que haya lo que se llama «margen».

En otros artículos hemos enumerado algunas fuentes de energía todavía vírgenes de utilización y que el hombre desdena porque «no son negocio». ¿Cuándo se acabará esto? ¿Cuándo el hombre se tratará como hermano y no como competidor? ¿Cuándo la Humanidad verá claro y no rechazará lo beneficioso para todos por lo provechoso para unos cuantos?

Otras veces me he ocupado del terrible problema de la erosión. De esa sangría abierta que echa en los mares miles de kms. cúbicos de tierra laborable quitándola definitivamente del aprovechamiento general en los momentos actuales en los que falta ya un 25 por 100 de superficie útil para lo necesario de la Humanidad en su vitalidad efectiva. Despreciar fuerzas, despreciar tierras...

Pero, ¿dónde vamos a parar con semejante desvarío?

Se habla de «guerras frías» lo que significa, que por oposición, las hay calientes. Se habla de esto, de lo otro y de lo de más allá. De detalles, de minucias, de tonterías, pero no se habla de la guerra general que la Humanidad íntegra sostiene con los elementos, cada día más cruenta e irreparable. Contra la que **todos** unidos podríamos **algo**, pero que diseminados y desacordes no podremos **nada** en absoluto y moriremos víctimas de nuestra propia conducta.

Entre la multitud de libros que se han escrito por eminentes autores sobre este particular, vienen a mi memoria en este momento «La guerra de los mundos», de Wells. «La peste escarlata», de Jack London. «Pan para dos billones de hombres» de Zischka; un inglés, un americano y un alemán son suficientes para enjuiciar a la Humanidad estúpida y ambiciosa, y como una explicación arbitraria, y brújula en las nebruras de tanto mal, me acuerdo también de otro libro «Los intereses creados» de Benavente, un español, que viene a cortar el nudo gordiano, que es tremendo interrogante, que se aprieta un poquito más cada día, cada hora, cada minuto, y cada segundo, ahogando cruelmente a la Humanidad irreflexiva.

Holanda encontró un magnífico colaborador para su riqueza, en los molinos de vientos que no hacen más que aprovechar un elemento que nosotros despreciamos, mientras las revistas científicas aseguran que

esta solución es 5 veces más barata que las demás soluciones conocidas. Y aunque así no fuera ¿qué importa el precio? ya que el elemento dinero lo fabrica el hombre para aquello que le conviene en la cantidad necesaria?

En primer lugar nos demuestran la antigüedad del aprovechamiento de la fuerza del aire. Esta fuerza es la que empleaban los primeros hombres para separar el grano de la paja. También soplaban su fuego recién descubierto, y sopló en la primera fragua. Hace 6.000 años los pueblos egipcios empleaban la fuerza eólica para llevar agua y moler los granos. Hace 2.500 años los persas construían molinos que las Cruzadas trajeron al Occidente en el siglo XI. Y repitamos que la navegación era siempre eólica, precisamente en la época en que más importantes descubrimientos geográficos se hicieron.

También nos enseñan estos libros y revistas la importantísima realidad de que el aprovechamiento de la fuerza del viento por medio de aeromotores no está descuidada, que se efectúan ensayos continuamente, y que se han conseguido tipos de aparatos de gran rendimiento bajo los puntos de vista industrial y económico; unos a base de los tipos clásicos holandeses, y otros muchos a base de concepciones completamente nuevas. Parece que se trate de un nuevo sistema de guerra de escondite aprovechando fuerzas en las que no piensa el adversario. Vienen a las mentes aquellos dramas teatrales en que, aun en las reuniones más pacíficas, todos los actores llevaban el puñal dentro de la manga. Y ahí están los diferentes tipos de aeromotores en ensayo, y algunos en prácticas aplicaciones, instalados en los rincones más escondidos de los países respectivos; máquinas potentes, arrogantes, admirables, prácticas y útiles, pero cubiertas con el velo de la distancia, camufladas entre otros artefactos, ignoradas de los mismos pueblos que las pagan con el sudor de su trabajo, y de los grupos de hombres que los dedicarían al bien colectivo, uniéndose en la armonía de su trabajo todas las razas, colores y tendencias, haciendo posible la utilización del calificativo HERMANO a la presencia de un hombre o de una mujer, fuesen de donde fuesen y cómo fuesen. Todo lo demás es secundario.

España nunca ha ido a la zaga en cuestión de molinos de viento. En la provincia de Murcia tienen los campos una belleza adherida a la de árboles y prados, que es la de sus molinos blancos abiertos al trabajo, a la constancia y a la utilidad, digan lo que quieran sus detractores y cuantos tienen otros intereses que no son los populares.

El campo de Cartagena es el más alegre de España, los triángulos blancos de las aspas de sus molinos son pañuelos que saludan al viajero y enriquecen la tierra. Son promesa del amor puro de la tierra y los hombres. Son bandera de paz que triunfa sobre las miserias de la ambición y la mezquindad espiritual. Y que protestan, con su gracia alada, de la intromisión de la torre metálica, escueta y rígida del molino moderno de aspas metálicas rígidas e inflexibles, de cola de pez que lo inquieta, que no cobijan, que nacen y viven en esqueleto, alargados, presurosos de independencia.

¿Y qué pudiéramos decir de los clásicos molinos de la Mancha? Máquinas solemnes como dioses, que se



levantan sobre la llanura desolada y estéril demostrando que la actividad lo dignifica todo.

Albacete, Chinchilla, El Salobral, Ossa de Montiel, Alcázar de San Juan, Yeste, y otros cien pueblos quedan bordados de realce en la obra bella y viril de nuestro Cervantes. Los molinos de viento que en ella son quimeras, en la tierra son realidad, donde la verdad es movimiento y la estepa es martirio; y nuestro autor amado, vió en la tierra muerta de la Mancha y en los molinos solemnes, un castillo que únicamente la valentía del trabajo y la continuidad del sacrificio serían capaces de vencer.

Esos gigantes, hechos de palos y de lonas, son los símbolos de la España feudal, y por eso se agitan en la superficie de aquellas tierras yesosas, como náufragos agonizantes en un mar de oprobio. Y hay que salvarlos, no con un lanzón herrumbroso como quería

el héroe, sino con un sistema y una cultura nueva, creando, entre otras mil, la Universidad manchega, que si unos ridiculizan llamándola la Universidad quijotesca, otros la honramos titulándola con mayor motivo, la Universidad Cervantina, en la que, el curso de las Armas y las Letras sea su credo, para que una vez se conviertan en triunfo definitivo, las Letras sobre las Armas.

Muy lejos de su origen nos ha llevado el tema «Molinos de viento». No en balde estos son alas y son movimiento, y en pos de ellos hemos avanzado algo en nuestra peregrinación cuyo fin es la verdad. No desmayemos, que cuando nosotros desaparezcamos, quizá asista al entierro, con su espada, el Sigfrido que ha de ganar la última batalla contra la estupidez y la barbarie.

Alberto CARSI

# LO ABSOLUTO, LA LIBERTAD Y LA CIENCIA



I exploramos el espíritu profundo de la Ciencia, considerando la investigación científica en razón del impulso que le da su propia naturaleza, vemos como ese impulso es libre. Y no podría ser de otra manera, pues preocupados por encontrar la verdad que se oculta los científicos andan desorientados, vacilan constantemente y necesitan consultarse entre sí, sin que a ninguno le sea permitido perturbar el pensamiento de los demás. Pero, en esta búsqueda de la verdad surge, necesariamente, el choque de las inteligencias, del cual saldrá algún día la luz que los unirá; disfrutando todos los científicos, que en ese choque intervienen, de la misma libertad, sin reservas de ninguna clase, ya que esta es la condición del éxito y la ley general de todo trabajo intelectual. De ahí que, en ningún debate científico pueda limitarse la independencia absoluta del pensamiento, so pretexto de cualquier actitud provocada por la impaciencia de conocer la verdad o por el temor de cometer errores en la investigación.

Claro está que se nos podría decir también, que una vez encontrada y plenamente demostrada la verdad, se hace necesario el acatarla todos, y así la libertad desaparece después de realizada la in-

vestigación. Pero esta objeción que se nos podría hacer, no tiene en realidad ninguna base, ya que una de las originalidades de la Ciencia es, precisamente, que no encierra ningún hermetismo, que no necesita imponer sus verdades, pues éstas se imponen por sí mismas y son siempre libremente aceptadas, y, además porque las verdades científicas, aunque estén suficientemente demostradas, no quedan exentas de nuevas rectificaciones. Por el contrario de las religiones y las filosofías de lo absoluto que quieren apoderarse de posiciones inexpugnables en las que asentar para siempre su pensamiento, la Ciencia sólo requiere de puntos de apoyo que le sirvan para afirmarse y proseguir su avance; todas las metas que se propone alcanzar, una vez conquistadas, pasan a ser medios, puntos de proyección para sus nuevas conquistas. Todo en ella lleva la marca de lo relativo, aun las más hermosas hipótesis con que ordena sus conocimientos y las más razonables teorías con que, en principio, trata de explicar los fenómenos, son descartadas cuando no llenan ya las exigencias de la cada vez más amplia realidad; sus verdades, tienen el valor de lo actual, que es decir lo provisional, pues están siempre dispuestas a ceder su lugar a nuevas verdades más amplias y más generales, para abarcar, de este modo, siempre una porción más grande de conocimientos y de realidad;

\*\*



de tal forma que, en Ciencia, no hay nada que sea considerado definitivo, ni nada que no pueda ser objeto a nueva discusión.

El científico, por serlo, no sólo debe respetar esta libertad, sino que debe practicarla él mismo y para sí mismo. Esto es, debe poseer aparte de un precario entendimiento, una gran individualidad mental, ambiciosa y descontentadiza, así como una osadía crítica extraordinaria. No debe, ni puede amoldarse dócilmente a los dictados de sus maestros o de sus superiores. «De los dóciles y humildes pueden salir los santos, pocas veces los sabios». Esto se comprende fácilmente, ya que a los cerebros débiles y enfermos les es más fácil adaptarse al error, casi siempre sencillo, que a la verdad, a menudo austera y difícil.

El rasgo dominante en todos los investigadores eminentes, es la altiva independencia de criterio que guardan siempre, aun ante la misma obra de sus predecesores o maestros. Ser independiente ha sido cosa sólo de una pequeña minoría, es un privilegio al que sólo alcanzan a gozar los de espíritu fuerte, sano y fecundo: los creadores de nuevas rutas, de nuevos horizontes. Al tratar de serlo, aun con derecho a ello, pero sin estar obligado, se prueba que se es no solamente potente, sino también audaz en grado temerario; se aventura uno en un complicado laberinto, multiplicándose hasta el infinito las inquietudes, las esperanzas y los peligros que la vida trae ya consigo. Por esto el científico se entrega, con todo el ardor de su anhelante razón, a la obra creadora del conocimiento; se arriesga libremente a explorar el mundo de lo desconocido, sin importarle los peligros y los sacrificios que tenga que pasar, pues tal es la condición de su existencia y la trayectoria gloriosa en que su ideal lo proyecta. Para los hombres de ciencia la libertad lo significa todo, no pueden ligarse a nadie, ni aun a la persona más querida; toda persona es un pozo y una prisión; no pueden permanecer ligados a una patria, a una religión o a una filosofía cualquiera, necesitan ser independientes, y, sólo pueden permanecer a sí mismos, ligarse a una ruta, al camino de la verdad, a su pasión y a su ideal.

En Ciencia el verdadero ideal es la independencia absoluta de los espíritus y la libre diversidad de las ideas y las teorías. Pretender gobernar los espíritus sería peor aún que pretender gobernar los cuerpos; es preciso evitar toda clase de «dirección» de conciencia o de pensamiento, como a una verdadera plaga. Las religiones y las filosofías autoritarias, son andadores buenos para los pueblos que están en la niñez; ya es tiempo de que andemos solos, que marchemos sin muletas y sin pastores; hay que mirar con horror y con desconfianza a los pretendidos apóstoles, a los misioneros, a los predicadores de toda clase; tenemos que ser nuestros propios guías y buscar en nosotros mismos el ideal.

Para todo hombre de ciencia, ese ideal interior, tan propio y tan ajeno a los prejuicios e intereses externos, está representado por el ideal científico, que en su más amplia acepción y en su máximo desarrollo constituye la Moral de la Ciencia. Este

ideal es el que lo impulsa y lo anima a proseguir la natural evolución de sus tendencias, de sus anhelos cognoscitivos, al través de los peligrosos escollos de lo, aparentemente, incognoscible. Es esa sensibilidad emotiva y espiritual, característica esencial de todo hombre de ciencia, la que lo empuja irresistiblemente hacia los campos infinitos y fecundos de la investigación; es el instinto vital, el instinto de curiosidad, tan importante para todo ser viviente, el que al identificarse con el ideal científico, lo fortalece y lo orienta por los intrincados senderos de la vida intelectual, al igual como el instinto de conservación nos empuja hacia todas las direcciones de la vida física y de la naturaleza en general.

Ahora bien, ya hemos visto como este ideal implica el pleno respeto del pensamiento independiente, y como garantiza, para todos sin excepción, la más amplia libertad de investigación. Mas, la Ciencia, no solamente otorga a los demás la libertad de decir lo que piensan, sino que el principio en que se inspira, el ideal que la orienta, exige que se les escuche sin prejuicio alguno y con la menor animosidad posible; en todo caso, lo único permisible, sería una comedida simpatía hacia la obra y el pensamiento de los demás, que en ninguna forma perjudicaría a la causa de la verdad y sí, en cambio, favorece todo esfuerzo de comprensión.

Este estado de espíritu es tan característico de los científicos, que aun cuando quieren refutar alguna idea o teoría, por ellos considerada errónea o insuficiente para explicar determinados hechos, la primera labor a que se enfrentan es la realización de un amplio y concienzudo estudio acerca de dicha teoría, para extraer de ella todo lo útil y verdadero que pueda contener; este análisis debe ser realizado sin ninguna prevención hostil y con un criterio suficientemente liberal, aunque estricto y metódico, para hacer resaltar, de este modo, tanto la parte de error como la parte de verdad que ella pudiera encerrar.

Todas las ideas e hipótesis científicas han sido ormuladas después de una ardua labor investigadora y de un largo periodo de meditación y análisis por parte de los hombres de ciencia, que no paran en sacrificios y sufrimientos, con tal de descubrir un poco más el velo que nos oculta la realidad; por esto, los demás científicos que vienen a rectificar o agrandar estas concepciones, tan laboriosamente obtenidas, se miran muy bien de despreciarlas antes de comprender lo más posible; son tolerantes para con ellas, y antes de abandonarlas definitivamente se complacen en rendirles el póstumo homenaje del conocimiento; de los errores del pasado surgen las verdades del futuro. Ya hemos visto como esta tolerancia y este respeto para toda la obra realizada, por los viejos y nuevos investigadores, no es practicada ni admitida en todas aquellas disciplinas del espíritu que fincan su poder en la aceptación incondicional de determinadas y exclusivas «verdades», a las que se les confiere el valor de lo absoluto y, esto es fácilmente comprensible, pues la tolerancia, en estos sistemas, es una claudicación del espíritu en el error y una fuerza debilitadora de la fe, y, en último caso, no



puede ser otra cosa que un mal menor que hay que combatir. Inversamente, para todos aquellos hombres que, conscientes de su valer y de su potencialidad, no temen a luchar contra otras ideas y a discutir con otros hombres, la tolerancia no representa más que una humilde e insignificante forma del respeto por el pensamiento. Para todos aquellos cuya fuente de inspiración es la Moral de la Ciencia, sólo puede existir una intolerancia permitida, y, esta, es contra sus propios prejuicios, para evitar que éstos se inmiscuyan en sus labores especulativas. De aquí que afirmemos que para la buena marcha de la Ciencia sea necesaria la existencia de mentes que expresen ideas diferentes a las nuestras, y que, en lugar de restringir esta diferencia de opiniones, sea conveniente aumentarla, ya que, en este caso, siempre será más difícil que los nuevos conocimientos que se obtengan, arrastren errores y sean el resultado de falsas interpretaciones individuales.

Ya hemos constatado, asimismo, la imposibilidad en que se encuentra la Ciencia para poder hacer una afirmación categórica, en el sentido de que las verdades que hoy en día se ve obligada a aceptar —transitoriamente— como absolutas, lo vayan a seguir siendo en el futuro. Y lo que es más aún, nos vemos en la necesidad de admitir esta verdad proclamada por ese gran genio alemán creador de la física cuántica, Max Planck, de que «lo absoluto jamás podrá ser alcanzado por el investigador». Aunque, como es natural, nos vemos obligados a utilizar —en nuestros trabajos presentes— determinados conocimientos, a los que, irremisiblemente, les tenemos que otorgar un grado de validez absoluta, aunque esto no significa, desde luego, que renunciemos a superarlos y hasta, en un tiempo no muy lejano, abandonarlos.

En nuestra ininterrumpida marcha hacia el porvenir, nos hallamos constantemente ante nuevas y diferentes situaciones; vemos como nuestras concepciones van quedando rápidamente relegadas al pasado, siendo sustituidas por otras más bellas y más amplias, y como también éstas, a su vez, ceden su lugar a otras, y así sucesivamente, sin alcanzar nunca la meta final. Lo absoluto —en cuanto atañe nuestro total conocimiento de la Naturaleza— «representa una meta ideal que está siempre delante de nosotros y que nunca podremos lograr». De aquí la evidente comprobación de que el valor de nuestro esfuerzo por conquistar la verdad, no esté en el triunfo de nuestro fin, sino en el mismo esfuerzo que realizamos. El científico debe *vitam impendera vero* (consagrar su vida a la verdad), esa es su única razón de ser, su misma existencia, y no debe, por tanto, pensar jamás en el término de su misión, en alcanzar algún día la meta codiciada, aunque para alentarse en su labor debe comprender perfectamente el hecho de que siempre estaremos más cerca de ella, y esto es la mayor recompensa a que puede aspirar por su esfuerzo en alcanzarla. Acercarnos cada vez más a la verdad, he aquí el afán y el deseo de la Ciencia, de la Moral que la inspira.

Mas, es imposible marchar hacia la verdad sin antes aceptar y practicar la más íntegra libertad de pensamiento y de acción, para no equivocarse el camino y dirigirnos hacia el error, en vez de a la verdad. El camino de lo verdadero, sólo está permitido a todos aquellos que tienen el espíritu libre

de prejuicios, y que saben escuchar y analizar las ideas de los demás sin ofuscarse, con una gran tolerancia, pero sin ninguna clase de adulación o de cobarde admiración, y siempre con una altiva osadía crítica. Es necesario, por tanto, preservar esa libertad lejos de todo dogmatismo, de toda dictadura física o espiritual, y hay que defenderla, al mismo tiempo, de las acechanzas de la tiranía que la teme y del dinero, que está siempre alerta «para comprar los medios de expresión del pensamiento, y hasta el mismo pensamiento si se da el caso».

Queda, pues, asentado que el principio en que la Ciencia finca todo su poder creador, es el principio de la libertad integral practicado por todos los hombres que orientan sus vidas por los intrincados senderos de la investigación y del conocimiento. Toda limitación o despojamiento de esta libertad debe ser considerado moralmente como un crimen y, por lo mismo, hay que defenderla de todos aquellos individuos o entidades que pretendan cortar o gobernar al pensamiento, en beneficio particular y exclusivo de una ideología determinada, de una clase o de una secta cualquiera, y, siempre, en perjuicio de los hombres de ciencia, de la Ciencia misma.

Ahora bien, de esta libertad, de esta autonomía del pensamiento que dignifica al hombre y a toda la obra que él realiza, es de donde surgen los nobles sentimientos de fraternidad y de amor que caracterizan a todo hombre de ciencia. Sólo por la libertad de que disfrutan, se produce ese vínculo fraternal entre los científicos —de no importa qué raza o nación—, que sirve notablemente como medio de rápida ayuda y de común enseñanza. El hecho de que la libertad individual y la independencia de criterio sea aceptado por todos los científicos, produce inevitablemente la unión fraternal de todos ellos, ya que sólo con esta camaradería es como pueden servirse unos a los otros, y todos ellos, en conjunto, a la causa de la verdad a la que han empeñado sus vidas; sin esta fraternidad, para consultarse y para ayudarse mutuamente, los científicos se hallarían reducidos a la mínima expresión de su potencialidad cognoscitiva, pues en su búsqueda de la verdad, necesitan, forzosamente, consultar y pedir datos, conocimientos y resultados experimentales, a los demás investigadores, los que, merced a este espíritu de fraternidad tan propio de ellos, ceden, gustosa y desinteresadamente, todos los resultados de sus estudios y de sus investigaciones que puedan ser útiles a todos sus demás compañeros de profesión. Claro está que esa libertad y esa comunión que existe entre los hombres de ciencia es el resultado natural del ferviente amor que sienten todos ellos hacia la obra que realizan. Ese cariño, ese respeto que tienen para todo lo que representa labor cognoscitiva o trabajo de investigación de la verdad, los anima a penetrar en la obscuridad de lo desconocido para iluminarlo con la radiante luz de la inteligencia y la razón, haciendo de su obra un bello y armonioso poema de amor.

La Ciencia tiene, en consecuencia, en la libertad, la fraternidad y el amor, los principios básicos para la realización de toda su obra; principios que, la epopeya que ha sabido forjar en el transcurso de la Historia, los ha proclamado como las máximas cualidades de la dignidad humana.

Por esto la moral en que la Ciencia se inspira



lanza a los cuatro vientos la buena nueva de su ideal: niega a lo absoluto, a la autoridad infalible; pero afirma, en cambio, la libertad del hombre, la dignidad del espíritu. Para todos aquellos que quieren tener la verdad, toda la verdad, en un momento y sin esfuerzo —aunque ésta sea una mentira—, no puede servir nuestro ideal; mas, para todos aquellos que quieran luchar por conseguirla, para los que sepan sacrificarse por su causa, aunque nunca lleguen a poseerla toda, para éstos que saben marchar hacia ella y esperar eternamente, sólo para éstos no es una quimera. La verdad está en el constante movimiento, en la eterna esperanza de llegar a alcanzarla.

De aquí la razón de que la Ciencia no sienta ningún temor de mostrar ante el mundo su doctrina exenta de todo fanatismo, de intransigencia y de autoritarismo alguno. No quiere, ni puede, detener el espíritu creador del hombre para entregarle la «verdad absoluta» que éste ha de creer con la fe ciega que las religiones y las filosofías le exigen; nunca le podrá decir: ésta es la verdad y ya no debes buscar más; sino que, por el contrario, siempre le dirá: no te detengas, prosigue tu camino, aun te falta mucho por conocer. Por esto, y para concluir, nos sentimos orgullosos en proclamar,

junto con el gran pensador Guyau, esta verdad que aterra a todos los pobres de espíritu y que un día, no muy lejano, se verá comprobada por la ineludible realidad social que, actualmente, la Ciencia está forjando ya:

«Felices, pues, hoy día aquellos a quienes un Cristo pudiera decir: «¡Hombres de poca fe!...», si esto significase: hombres sinceros que no queréis engañar vuestra razón y rebajar vuestra dignidad de seres inteligentes, hombres de un espíritu verdaderamente científico y filosófico que desconfiáis de las apariencias, que desconfiáis de vuestros ojos y de vuestros espíritus, que sin cesar volvéis nuevamente a escudriñar vuestras sensaciones y a probar vuestros razonamientos; hombres que solamente podéis poseer una parte de la verdad eterna, precisamente porque no creeríais jamás poseerla por entero; hombres que tenéis bastante fe verdadera para buscar siempre, en lugar de descansar gritando ¡he hallado!; hombres decididos que vais allí donde los demás se detienen y se adormecen: el porvenir es vuestro, sois vosotros quienes modelaréis la humanidad de los tiempos futuros».

Octavio ALBEROLA

## La Vida y los Libros

«Lessons of the Spanish revolution», por V. Rishards, Freedom Press, Londres, 1953, 154 pp.



ESTA obrita, publicada primero en folletón en la prestigiosa revista anarquista londinense «Freedom», que fundó Kropotkin, se compone de una serie de ensayos que, como expresa su título, se refieren a la revolución española 1936-39. El autor, para componerla, ha echado mano a gran parte de la documentación publicada últimamente sobre la materia, aunque en realidad es el suyo más bien un ensayo crítico. Tomando por base de su trabajo cada una de las etapas de aquella revolución, Vernon Rishards empieza por el origen de los acontecimientos que sitúa en las elecciones españolas del mes de febrero de 1936. Seguidamente va entrando en materia, siempre sobre la base de los hitos más sobresalientes de aquel movimiento. El punto de mira de su

crítica son indudablemente los hechos de los anarquistas a través de sus organizaciones, la F.A.I. y la C.N.T. El autor encuentra aquí abundante materia para demoler y también para situar lo que es pensamiento ortodoxo del anarquismo. E indudablemente Rishards tiene a bien recoger en su libro ese rosario de inconsecuencias con que el anarquismo español ha hecho palidecer la trascendencia internacional de su propia obra.

Aunque no se ha publicado sobre la revolución española sino una parte ínfima de los materiales susceptibles de estudio, puede afirmarse que lo esencial de esta documentación está ya a la vista del crítico. Y va siendo hora de que éste emprenda su trabajo de análisis y venga a completar la parte puramente objetiva que se ha venido revelando. Interesa, especialmente a los anarquistas, sacar las debidas consecuencias de los hechos y conductas de su propio movimiento. Vernon lo hace en su libro, aunque a opinión nuestra peca quizás de demasiado severo. Quizás no sea esta la palabra justa. Nos parece simplemente que hay en esta obra una ob-



sesión demasiado pronunciada por la caza del traidor a los principios. Esta obsesión resalta demasiado quizás porque el autor no ha procurado establecer el debido contraste entre lo pecaminoso y lo mucho bueno (y reivindicable) efectuado allí. Peca, pues, Vernon, en tanto que crítico, de demasiado lateral. Muchos lectores verán en él ante todo, al fiscal obseso en el hallazgo de materia delictiva.

He aquí la parte criticable al crítico. Por lo demás, ninguna de sus aseveraciones podrá ser desmentida por la Historia. Pero cuando se escribe para el gran público es una medida de justicia, no de clemencia, dar a todos los hechos el subrayado correspondiente.

**«Un trentennio di attività anarchica (1914-1945)», Grupo editor «L'Antistato», Cesena, Forlì (Italia), 1953, 215 páginas.**

Este libro, en el que ha puesto su competente mano de archivero e historiador el compañero Ugo Fedeli, constituye un «digest» de los acontecimientos en que tuvo participación el movimiento anarquista italiano. Compuesto en forma de efemérides, se desgranar año por año, y casi día por día, los hechos sociales y revolucionarios más sobresalientes ocurridos en Italia durante treinta largos años. Como prontuario para conectar cualquier hecho a su fecha correspondiente es de mucha utilidad, especialmente para los estudiosos de la historiografía social.

El libro que nos ocupa empieza su narración en vísperas de la primera guerra mundial, concretamente en ocasión de una huelga general declarada en protesta por la masacre efectuada por la policía con motivo de un acto realizado en Ancona, en el que tomó la palabra Enrique Malatesta. Recoge seguidamente los detalles más interesantes de la controversia producida entre los anarquistas al estallar la guerra y que había de dividirlos en intervencionistas más o menos directos y en adictos a lo que es posición clásica de este movimiento. La prensa anarquista italiana se distinguió en esta época por su intensa propaganda antimilitarista, lo que acarreó los enojos de la censura y una persecución desenfundada. Quedan debidamente reflejadas las agitaciones y protestas contra la guerra llevadas a cabo por los anarquistas. El gobierno italiano responde con su acostumbrada acción terrorista, acción que imita el gobierno suizo contra los primeros exilados que formarán la vanguardia del gran éxodo ulterior provocado por el fascismo.

Las agitaciones sociales se intensifican con motivo de la crisis que siguió al fin de las hostilidades. Y a la réplica de los servidores del Estado la fermentación revolucionaria se radicaliza. «Umanità Nova» lanza la consigna a los obreros de ocupación de las fábricas. He aquí una de las fases más trascendentales del movimiento revolucionario italiano y una de las más importantes de esta obra. El mismo diario describe este movimiento en un suelto del primero de septiembre de 1920: «La toma de posesión de las fábricas tuvo lugar en 300 establecimientos de Milán. La masa trabajadora después del cierre de la «Romeo» comprendió de pronto que el único modo de impedir el cierre general y la ocupación de las fábricas por la fuerza armada, era permanecer en dichos establecimientos, haciendo prisioneros a los directores, capataces y demás empleados. Se apostaron centinelas en las puertas de

acceso e izóse en los establecimientos la bandera roja y negra.»

A partir de 1921 empieza la feroz agresión del fascismo. Un grupo de aventureros, capitaneados por Mussolini, se organizan en banda defensora de los intereses del Estado y de la burguesía, a quienes no tardarán mucho tiempo en pasar una abultada factura. El libro que estamos comentando se ocupa extensamente de este negro capítulo, repleto de actos terroristas, asesinatos, asaltos e incendios, perpetrados por fascistas revestidos de la más completa impunidad. La dictadura fascista se produce de hecho el 28 de octubre de 1922, fecha de la marcha sobre Roma. Al día siguiente el rey entrega el poder a Mussolini.

El terror fascista que va a inaugurarse queda expresado en esta efeméride del 29 de octubre que dice:

«Inmediatamente después de la marcha sobre Roma, los locales de «Umanità Nova» son invadidos, la imprenta es devastada, el rótulo incendiado... En La Spezia es completamente destruida la imprenta del semanario anarquista «Il Libertario».

Esta ola de terror persistirá a través de los años siguientes tan pródigos en procesos sensacionales (sin luz y sin taquígrafos), en fusilamientos por la espalda en los que las más de las víctimas son anarquistas.

Enfin, una obra de consulta de gran utilidad para las gentes estudiosas.

**«Il Movimento Libertario Spagnuolo», por Ildefonso González, Edizioni R. L., Nápoles, 1953, 51 páginas.**

De un tiempo a esta parte se ha publicado gran acopio de material sobre la gesta española iniciada en julio de 1936. Lo publicado concentra su atención en la fase de la actuación anarquista en España. Pero hay una segunda parte en esta actuación que abarca la labor realizada por este mismo Movimiento en su prolongada estancia en el exilio. Ildefonso González, en su obra, introduce al lector al conocimiento de lo que son tácticas, finalidades, procedimientos de organización y tendencias del anarquismo español en sus tres ramificaciones características: las Juventudes Libertarias, la Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional del Trabajo. Pero el autor, en su estudio, no se detiene al llegar al mes de febrero de 1939, sino que trascendiendo a esta fecha se ocupa, todo lo posible en un opúsculo de tan limitadas dimensiones, de la meritoria actuación de los libertarios en una serie de países de Europa, África y América.

Los compañeros poco iniciados en las interioridades del Movimiento Libertario Español, y cuantos ajenos al movimiento anarquista en general sientan curiosidad por esta clase de estudios, encontrarán en el ensayo del compañero Ildefonso un valioso prontuario de información.

**«Les Ramblas finissent à la mer», por José Luis de Vilallonga (Aux Editions du Seuil, París 1953, 189 p.)**

En la contratapa de esta novela se nos dice que José Luis de Vilallonga pertenece a una de las más rancias familias aristocráticas españolas. Y que el autor, de muy joven hizo la guerra civil bajo las



banderas de Franco. Más tarde, abriendo los ojos a la realidad, un artículo suyo aparecido en la prensa extranjera le hizo caer en desgracia. Desde entonces (1946) vaga por el exilio como un refugiado más.

En «Les Ramblas finissent à la mer», Pepe Luis de Vilallonga se ha propuesto ofrecernos un atisbo de su propia biografía o proceso de su conversión. Su héroe, Rafael Puerto Real, pertenece también a una familia aristocrática. Es el prototipo del señorito holgazán, degenerado por el propio ambiente en que se ha desarrollado desde la infancia hasta después de la Cruzada, en que tomó parte como un fanático cruzado más. Su miseria moral le ha convertido en un habitual de los bajos fondos, y vive en revoltijo con el hampa del «barrio chino» barcelonés, contiguo a las Ramblas y al mar. Allí, en uno de esos repugnantes antros del vicio, tropieza el «señorito» con Fernanda y su padre Olivarría, capitostes de una red de conspiradores y guerrilleros. El amor por Fernanda le convierte en un resistente más. Rafael aporta a los conspiradores las ventajas de su posición social. Finalmente el autor sacrifica a su héroe en pleno bautismo de fuego con la policía franquista.

¿Qué diremos de esta novela que tanto ha ponderado la crítica? Si se puede juzgar del estilo de un autor a través de sus traductores, diremos que Vilallonga reúne condiciones literarias que pueden hacer de él un excelente narrador. No lo es todavía Vilallonga ni en la pintura de los caracteres ni en la lógica de las situaciones. Rafael, Fernanda, Olivarría nos resultan tipos tallados a patrón. Y el

fondo de la trama no puede ser más convencional.

Los conspiradores de Vilallonga parecen comunistas por necesidad, porque por lo visto el autor no sabe ni conoce de otros conspiradores. Y estos van de taberna en taberna, de lupanar en lupanar, de borrachera en borrachera, mezclados con toda suerte de entes degenerados, invertidos o pederastas. De esa clase de basura social forma parte el único anarquista que aparece en la novela: el poeta Mauricio Alvarado. El autor, para dar un centro de interés a sus personajes no ha encontrado más solución que sumergirles en un baño permanente de alcohol y poner en sus bocas pestilentes el lenguaje de la canalla.

Como diatriba contra la tiranía de Franco y como apología de sus adversarios, este libro dejará un mal gusto de boca al lector medianamente refinado. Vilallonga patentiza su falta de experiencia y de información sobre el motivo que se ha propuesto desarrollar. Podadas del libro las alusiones contra el régimen, podría sin desdoro para la política franquista hacerle los honores en cualquiera de sus libelos. Tal es la repugnancia que provocan en el lector esos personajes de folletón policiaco.

Sin embargo, el autor refleja con soltura y acierto todo aquello que conoce. Ejemplo de ello es la escena desarrollada en el palacio del marqués de Benicarllet. Perfecta es esta pintura de contraste entre la vieja aristocracia y los nuevos ricos del régimen. Y especialmente atinados los latigazos de la lengua condesa de Castelvarte. Es la sola escena que a nuestro criterio merece el libro.

José PEIRATS

# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO III

JORNADA TERCERA

### ¡Abajo las armas!

Personas: NADIA, CEFERINO, GALIAN, LORENZO, BERNABE, PABLO, FEDERICO, TOBIAS.

Centro de intelectuales. «Bureau» y mesita contigua par escribir a máquina. Tablero largo, sobre

caballetes, con profusión de periódicos y revistas. En el cristal de la manpara esta inscripción: «Centre de Divulcation Culturelle», que se lee al revés desde dentro. Mesa a guisa de mostrador. Botijo y botellas. Un hornillo con una cafetera. Entre dos luces.

PABLO escribe a máquina lo que BERNABE le dicta. Atento al dictado, LORENZO, NADIA y GALIAN, de pie, leen. A lo suyo, TOBIAS, conserje.

BERNABE. — Sentimos deciros que, bien a pesar nuestro, nos es imposible prestaros la ayuda económica solicitada, por carecer de recursos y



políticos podrían sentir simpatías, desde el punto de vista humano, hacia los procedimientos de Marx.

### LA ESCISION EN LA FEDERACION ROMANA

En el segundo Congreso anual de la Federación romana, abierto en Chaux-les-Fonds el 3 de abril de 1870, se produce el primer ataque de Utín —el amigo de Marx—, contra Bakunín. Para personas como Utín un escándalo era siempre cosa agradable. Como todos aquellos hombres que no encierran nada de positivo en sí, y que por eso sienten aversión contra todos los hombres positivos, Utín tuvo la mayor complacencia en poder degradar a un hombre eminente como Bakunín. Ser objetivo no era la virtud de personas como Utín. Lo conveniente hubiera sido aclarar las discrepancias. De hacerse esto la escisión no se hubiese evitado, pues existían en verdad divergencias profundas de opiniones. Pero sin la intervención de Utín el Congreso hubiera procedido con más objetividad.

Las divergencias se manifestaron al hacerse la proposición sobre petición de ingreso de la Sección ginebrina de la Alianza en la Federación romana. La Sección ginebrina de la Alianza había sido aceptada como sección de la Internacional por decisión del Consejo General de Londres el 28 de julio de 1869. Y en consecuencia, había aquella pedido su ingreso en la Asociación romana. El Comité había postergado la decisión por tiempo indefinido.

Utín hizo la proposición de que no se accediera por el momento a la demanda de ingreso. Pero sólo consiguió un retraso de la discusión hasta la sesión de la tarde. Los debates tomaron, pues, un giro violento, y su resultado dió motivo a la escisión en el seno de la Asociación.

El opositor principal a la entrada de la Alianza era, pues, Utín. Este identificaba completamente la Alianza con la persona de Bakunín, al que negó toda solvencia moral para ostentar un puesto dirigente en la Internacional. En sus escritos de propaganda redactados en ruso declara sin rodeos que para Bakunín no existe la fidelidad ni la fe. Que es partidario del lema jesuita de «el fin justifica los medios», y que lo emplea sin escrúpulos para imponer su dictadura a la Internacional; que su actividad había causado graves daños a la causa revolucionaria rusa, etc.

Utín se declaró adversario implacable de Bakunín, y llegó a declarar que si su poder fuera tal ordenaría su ejecución sin vacilaciones. Dos delegados de Ginebra, uno de los cuales, Perret, fué más tarde secretario de un comisario de policía, se unieron a la opinión de Utín en sus ataques contra Bakunín. Perret negó el sentido de la declaración de honor firmada por Liebknecht, y afirmó que no se trataba de la persona de Bakunín sino del ingreso de la Alianza en la Asociación romana, ingreso que en buena lógica no podía rechazarse habiéndolo sido aprobada por el Consejo General de Londres.

Bakunín, si contemplaba una cosa pensaba con todo su organismo, tal y como el artista ve las cosas: con intelecto, sentimiento, voluntad, fantasía. Todo forma un conjunto desde este punto de mira. Y a esto se llama visión del artista o mirar instintivo. Vió el mundo con ojos, manos y pensamiento. Todo de una vez. Presintió que el Universo orgánico puede ser captado solamente con todo el organismo humano. No pudo apreciar lo inconmensurable con lo que se puede medir. Vió el mundo de otra manera que Marx, puesto que lo examinó con otros sentidos. Esta diferencia fundamental en ambos caracteres no debió conducirlos a luchas y discrepancias de mal gusto, puesto que en verdad, fundamentada o no, como algunos ecléticos piensan, esa diversidad tenía en sí misma algo de común y de reconciliable. Leyendo a Bergson sobre las diferencias de la inteligencia y del instinto, vemos la descripción de los tipos Marx y Bakunín.

Es totalmente ilógico suponer, por los antecedentes, que Bakunín despreciaba la ciencia y especialmente la formación científica de Marx. Formando parte de su ser pensante y sensible, la ciencia era para él una cosa grande, algo que deseaba poseer en sí pero con toda sobriedad, como un todo que está en el hombre. Y en consecuencia con esta opinión, así juzgó a Marx.

Bakunín, si bien juzgaba a Marx sólo por el lado intelectual, le juzgaba por ese lado de la manera más favorable. Admiraba sus facultades, y casi podríamos decir, aunque sea paradójico, que era también marxista en el plano económico. Cedémosle la palabra:

«Como pensador, Marx se encuentra en el camino justo. Este ha establecido como principio que todos los procesos políticos, religiosos y jurídicos de la historia son, si no las causas, sí las consecuencias de evoluciones económicas. Esta es una idea grande y fértil que él no ha descubierto; fué presumida y expresada por parte de muchos otros antes que él. Pero tiene el mérito inmenso de haberla expuesto y tomado como base de todo su sistema económico. Por otra parte, Proudhon comprendió mucho mejor que Marx la libertad y su sentido. Sin tanta doctrina y metafísica. Proudhon tuvo el verdadero instinto de los revolucionarios. Admiró al diablo y proclamó la anarquía. Es posible que Marx creara un sistema mucho más razonable, teóricamente al menos, pero le falta el instinto de la libertad. Es un autoritario de los pies a la cabeza.

«Y su gran obra, «El Capital», no es ninguna fantasía, ninguna creación apriorística que haya sido fecundada en un solo día por un jovenzuelo sin noción de las relaciones económicas de la sociedad y del sistema actual de la economía. Está basada sobre un conocimiento muy extenso, muy detallado, y un análisis profundo de este sistema y de sus condiciones.

«Marx es un abismo de conocimientos estadísticos y económicos. En suma, su obra sobre el capital es un trabajo



medido, positivo y real, en el sentido de que no admite ninguna otra lógica que no sea la de los hechos.

«Desgraciadamente está tan llena de fórmulas y sutilezas metafísicas que la hacen incomprensible para la gran masa.»

En otro lugar dice sobre «El Capital»: «Esta obra hubiera tenido que ser traducida ya desde largo tiempo al francés, pues que yo sepa ninguna otra contiene un análisis tan profundo, tan claro, científico y decisivo. Descubre sin misericordia la formación del capitalismo burgués.»

Tenemos una carta escrita por Bakunín a Marx, en el año 1868, en la cual se trasluce el respeto que siente el primero por el último:

«Mi viejo amigo: Serno, me ha informado sobre la parte de tu carta que a mí se refiere. Preguntas si continúo siendo tu amigo. Ciertamente, más que nunca, querido Marx; pues comprendo más que nunca cuán justo eras cuando tomaste el camino de la revolución económica y nos invitabas a hacer lo mismo; cuando atacabas a aquellos de entre nosotros que se perdían en empresas nacionales y totalmente políticas. Hago yo ahora lo que empezaste tú a hacer hace más de veinte años. Desde la despedida solemne que hice a los burgueses en el Congreso de Berna no conozco ninguna otra sociedad, ningún otro ambiente que el mundo de los obreros. Mi patria de ahora es la Internacional, de la cual eres uno de los fundadores más importantes. Comprendo, amigo mío, que soy tu discípulo y me enorgullezco de serlo.»

El respeto ante el valor científico de «El Capital» se expresa más que platónicamente en Bakunín. En sus horas libres comenzó éste a traducir al ruso el primer tomo de la obra. Mientras que Marx instiga a Utín a recopilar materiales para utilizarlos contra Bakunín, éste vive en Locarno y traduce «El Capital». Un espectáculo para los dioses.

Esta traducción no fué terminada. Ocurrió con esto lo que le ocurrió a Bakunín tantas veces. Súbitamente surgió una nueva cosa, una nueva idea, un nuevo hombre en su vida. Esta vez era el movimiento ruso y, con él, Netschagof. Bakunín se dejó influir durante algún tiempo por aquél, que era enérgico y exuberante de temperamento, entregándose en cuerpo y alma.

Bakunín tenía relaciones con Netschagof desde la primavera de 1869. Creía en la posibilidad de organizar en Rusia un gran movimiento revolucionario de los campesinos. En este tiempo Bakunín escribió dos folletos a este fin, y convenció a sus amigos Herzen y Ogaref a que pusieran a la disposición de un Comité revolucionario, representado por Netschagof, una parte de los fondos de Bachmetjef. Netschagof regresó poco después a Rusia, pero tuvo que refugiarse otra vez en Suiza, en enero de 1870. Recibió allí el resto del fondo, y quiso influenciar a Bakunín en el sentido de que consagrara toda su energía al movimiento ruso. Subrayamos especialmente esto porque queremos destacar el

periódico) quisieron imponer al Comité Central de Ginebra que expulsara a los recalcitrantes. Pero el Comité, cansado ya del despotismo de Bakunín, le disgustaba verse arrastrado y contrastado con los demás comités suizos-alemanes y con el Consejo General. Por lo tanto confirmó en su puesto a los redactores indeseables para Bakunín. Los seis redactores bakuninistas dimitieron sus cargos, y creían con ello imposibilitar la aparición del periódico.

«En respuesta a nuestro escrito, el Comité Central de Ginebra declaró que los ataques de «La Igualdad» se efectuaron en contra de su voluntad y que nunca aprobó la orientación del periódico. Y que, en adelante, éste sería editado bajo el control severo del Comité, etc. Entonces, Bakunín fué de Ginebra a Tesino. Tenía aún en sus manos, en Suiza, «El Progreso», de Locle.

«Poco después murió Herzen. Bakunín, que desde hacía tiempo soñaba en convertirse en dirigente del movimiento obrero europeo, había criticado a su viejo amigo y patrón; pero al ocurrir su muerte empezó a llenarlo de elogios. ¿Por qué? Porque Herzen, a pesar de su riqueza personal permitía que el partido pseudosocialista paneslavo de Rusia, muy de acuerdo con él, la retribuyera con 25.000 francos en concepto de propaganda. Con sus lisonjas, Bakunín se apoderó de este dinero. Y así heredó de Herzen (a pesar de su odio hacia la herencia) moral y económicamente.

«Durante esa época fijó su residencia en Ginebra una joven refugiada rusa (Colony), estudiante de convicción sincera. Esta tenía como punto principal de su programa la lucha contra el paneslavismo. En Ginebra publicaba «La Voz del Pueblo», y hace dos semanas escribía a Londres solicitando ser admitida con sus afines en la Internacional como rama rusa. Se lo hemos concedido.

«En carta aparte le han pedido a Marx que los represente provisionalmente en el Consejo General. Aceptado. Al propio tiempo han indicado —parece que por esto quieren pedir excusas a Marx— que piensan poder desenmascarar muy pronto a Bakunín en forma pública, pues este hombre tiene dos caras completamente diferentes: una para Rusia y otra para Europa. Así termina, por lo menos en el seno de la Internacional, el papel de este intrigante tan peligroso.»

El documento que acabamos de transcribir no es muy recreativo como lectura, pues arroja una luz muy desagradable sobre Marx, tanto por sus «errores» como por su léxico. Su lectura es aún más penosa por el hecho de que aquél a quien las censuras iban dirigidas no pudo defenderse. El escrito fué preparado secretamente y sólo fué conocido por los dirigentes del movimiento alemán.

James Guillaume ha escrito que conoció este informe después de su publicación en «Neue Zeit», en 1902. Aparte algunos fanáticos nadie consideraría este escrito de Marx sino como lo que es: como una mancha imborrable en su carácter que sólo puede explicarse psicológicamente. Sólo los



«Bakunin organizó una especie de conspiración para asegurarse la mayoría en el Congreso. No faltaron inclusive falsas credenciales, como la del señor Guillaume, en representación de Locle. Bakunin mismo mendigaba mandatos en Nápoles y en Lyon. Se difundieron toda clase de calumnias contra el Consejo General. A los unos se les decía que había demasiados elementos burgueses en aquél; a los otros que era la sede del comunismo autoritario. El resultado del Congreso es conocido. Las proposiciones de Bakunin no fueron aceptadas y el Consejo General persistió en Londres.

«El disgusto sobre este fracaso —Bakunin contaba poder especular con el éxito— se expresó en frases violentas en los periódicos «La Igualdad» y «El Progreso». Estos periódicos hacían el papel de oráculos oficiales. Una vez excomulgaban una sección suiza de la Internacional; otra vez anatematizaban a otra sección de la misma organización en aquel país. Se las acusaba de haber participado en el movimiento político contra las instrucciones expresas de Bakunin.

«Por fin explotó la rabia, largo tiempo retenida, contra el Consejo General. «El Progreso» y «La Igualdad» atacaban e ironizaban, pretendiendo que el Consejo General no cumplía con sus deberes. Ejemplo: con respecto al boletín trimestral. El Consejo General, según ellos, debía abandonar el control directo sobre Inglaterra y permitir la fundación de un Comité Central inglés a su lado que se ocuparía exclusivamente de asuntos ingleses. La resolución del Consejo sobre los «fenios» encarcelados representaba, también, una transgresión de funciones, pues no debía ocuparse de cuestiones políticas locales. Además, aquellos periódicos tomaron el partido de Schweitzer, y el Consejo General fué intimado de forma categórica a pronunciarse oficial y públicamente sobre la cuestión de Liebknecht-Schweitzer. En el periódico «Trabajo», de París, varios amigos de Schweitzer habían introducido de fraude artículos favorables a él, y él mismo recibió elogios de «El Progreso» y «La Igualdad». Este último hacía causa común contra el Consejo General.

«El tiempo había obrado contra esta intención. La siguiente es copia del escrito del Consejo General al Comité romano en Ginebra. (No lo publicamos. Se puede leer en «Neue Zeit», tomo 2, página 475. Marx continúa así:)

«Los comités franceses (Bakunin había intrigado mucho en Lyon y Marsella, ganándose unos cuantos jóvenes impulsivos), al igual que los belgas, se han declarado de acuerdo con este escrito del Consejo General.

«La copia para Ginebra (el secretario de Suiza, Jung, estaba muy ocupado) se retrasó un poco. Debido a esto se cruzó con un escrito oficial de Perret, secretario del Comité Central romano.

«Poco a poco la crisis fué tomando auge en Ginebra antes de llegar nuestra carta. Unos redactores de «La Igualdad» se rebelaron contra la dirección impuesta por Bakunin. Este y sus partidarios (entre ellos seis redactores del

hecho de que Bakunin no era activo dentro del movimiento de Occidente, y, por lo tanto, no se preocupaba apenas de las discrepancias iniciadas. En todo caso no intervino activamente en ellas, cosa que, erróneamente, se le ha atribuido muchas veces.

Netschagof y Bakunin se separaron pronto (julio de 1870), pues se dió cuenta que aquél quería utilizarle como simple instrumento. En realidad era el nombrado un hombre de convicción sincera, de gran valentía y mucha energía, cualidades tal vez demasiado exageradas. Netschagof partía del principio de que el fin justifica los medios.

## MARX CONTRA BAKUNIN

La gran confianza que sentía Bakunin por Carlos Marx se precisa mejor si reproducimos aquí un escrito de este último enviado a su amigo Kugelmann, y que deseaba que fuese comunicado a los dirigentes del movimiento obrero alemán. El escrito tiene fecha 28 de marzo de 1870, y dice lo siguiente:

«Querido Kugelmann: Como una úlcera en el lado izquierdo del cuerpo me imposibilita de sentarme en mi mesa de trabajo por largo tiempo, en lugar de escribir dos veces te envío adjunta una carta destinada para el Comité de Braunschweig, Bracke y compañía. Lo mejor es que después de leída entregues el escrito personalmente, reiterándote que este comunicado es confidencial y no destinado a la publicidad.»

El anexo dice:

«Información confidencial.

«Asociación Internacional de los Trabajadores.

«Consejo Central. — Londres.

«El ruso Bakunin (le conozco desde 1843 y omito detalles menudos para la mejor comprensión de lo que sigue), al poco tiempo de haberse fundado la Internacional tuvo una entrevista en Londres con Marx. Este último le dió de alta en la Asociación, para la cual Bakunin prometió actuar con todas sus fuerzas.

«Bakunin fué a Italia, y allí recibió de Marx los estatutos provisionales y el manifiesto dirigido a la clase trabajadora. Contestó muy entusiasmado pero continuó inactivo.

«Años más tarde, durante los cuales había pasado desapercibido, reapareció en Suiza. No ingresó allí en la Internacional sino en la Liga para la Paz y la Libertad. Después del Congreso de esa Liga (Ginebra 1867), consigue que se le elija para el Consejo Ejecutivo de la misma, creándose adversarios que no le permitieron ninguna influencia dictatorial, sino que le vigilaron como «ruso sospechoso». Poco después del Congreso de Bruselas (septiembre de 1868), celebró la Liga de la Paz su Congreso en Lausana. Esta vez Bakunin se presentó como un incendiario y, digámoslo de paso, denunció a la burguesía occidental con el mismo tono que



los optimistas de Moscú (sic) se afanan en atacar a la civilización de Occidente para imponer su propia barbarie.

«Propuso allí una serie de resoluciones muy desabridas con el calculado propósito de asustar a los filisteos burgueses y que permitirían al señor Bakunín abandonar aparatadamente la Liga e ingresar en la Internacional. Basta decir que su programa, el que propuso al Congreso de Lausana, contiene absurdos tales como «la igualdad de las clases» y la anulación del derecho hereditario como principio de la revolución social, etc.

«Habladurías sin meditación, rosario de ideas vacías, improvisación estúpida, calculada solamente con vistas a un efecto momentáneo.

«Los amigos de Bakunín en París (entre ellos un ruso coeditor de la «Revue Positiviste») y en Londres, anuncian al mundo su baja de la Liga como un acontecimiento, y celebran su programa grotesco —esas frases comunes, gastadas cual olla sucia— como algo raramente original.

«Entretanto Bakunín había ingresado en la «Branche romande» de la Internacional, en Ginebra. Fueron necesarios años para esta decisión. Pero en menos de un día el señor Bakunín resolvió transformar la Internacional para convertirla en su instrumento. A espaldas del Consejo General —éste fué instruido cuando todo estaba preparado— formó la susodicha Alianza de la Democracia Socialista. El programa de esta Sociedad no era otro que el propuesto al Congreso de Lausana. Esta se presentaba como sociedad de propaganda de las ciencias misteriosas de Bakunín, y Bakunín mismo, uno de los hombres más incultos del campo teórico-social, figuró súbitamente como fundador de una secta.

«El programa teórico de esta Alianza era todavía una pura farsa. El lado serio estaba en su organización real. Esta sociedad debía ser internacional, con su Comité Central en Ginebra, que quiere decir bajo el mando directo de Bakunín. Pero al mismo tiempo debía ser parte integrante de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sus ramas debían estar representadas, por una parte, en el próximo Congreso de la Internacional de Basilea y al mismo tiempo tener su propio Congreso al lado del otro, en secciones separadas, etc., etc.

«El material-hombre de que dispuso Bakunín primeramente era en su mayoría del Comité Federal romano (de la Internacional en Ginebra). J. Ph. Becker, cuyo celo propagandístico le oscurece a veces el cerebro, fué puesto en primera línea. En Italia y en España Bakunín tuvo algunos partidarios.

«El Consejo General de Londres estaba perfectamente informado, y dejó trabajar a Bakunín hasta que éste tuvo necesidad de entregar al Consejo, por mediación de J. Ph. Becker, los estatutos de la Alianza de la Democracia Socialista para que fuese admitida. Sobre ello fué tomada una decisión detallada en sus razones, con sentido pleno de «ob-

jetividad» y de «justicia», pero en sus «razones de examen» llena de ironía. Terminaba así:

«1) El Consejo General no admite la «Alianza» como rama de la Internacional.

«2) Cada uno de los párrafos de los Estatutos de la «Alianza» que se refieren a sus relaciones con la Internacional, son declarados nulos.

«En las conclusiones fué establecido claramente que la «Alianza» no era más que una máquina para destruir a la Internacional.

«Este golpe fué inesperado. Bakunín había convertido ya «La Igualdad», órgano central de los miembros franceses de la Internacional suiza, en su propio órgano. Y, además, había fundado en Locle un pequeño «Monitor Particular», «El Progreso», bajo la dirección de un partidario fanático, un tal Guillaume.

«Después de deliberar varias semanas, el Comité Central de la Alianza envió finalmente —con la firma de Perron, uno de sus hombres de Ginebra— su respuesta al Consejo General. La Alianza proponía sacrificar, en celo para la buena causa, su propia organización, pero sólo a condición de que el Consejo General reconociese sus principios «radicales».

«El Consejo General contestó: «No es su función juzgar teóricamente sobre los programas de las diferentes secciones, sino velar para que no contengan nada contrario a los estatutos y al espíritu de la Internacional. Por esto tiene que exigir que sea eliminada del programa de la Alianza la frase vacía sobre la «igualdad de clases» (lo que también ocurrió). Por lo demás, pueden ingresar después de la disolución de su organismo internacional (cosa que nunca ocurrió) y después que hayan enviado una lista al Consejo General sobre todas sus ramas.

«Con esto quedó zanjado el incidente. La Alianza se disolvió; pero de «facto» continuó bajo la dirección de Bakunín, quien al mismo tiempo dominaba al Comité ginebrino de la Federación romana de la Internacional. A sus órganos se adherió todavía la «Confederación» de Barcelona, y después del Congreso de Basilea, «Equalité», de Nápoles.

«Bakunín trató entonces de alcanzar su fin: convertir la Internacional en su instrumento particular, por otros procedimientos. Hizo proponer al Comité romano de Ginebra la inclusión en el orden del día del Congreso de Basilea la cuestión del «derecho hereditario». El propósito de Bakunín era el siguiente: Si el Congreso aceptaba los principios propuestos por él en Lausana, el mundo vería que Bakunín no había transgredido las normas de la Internacional sino la Internacional las de Bakunín. Simple consecuencia: el Consejo General de Londres (cuya oposición al arcaico sansimonismo era conocida por Bakunín) debería renunciar a sus funciones, y el Congreso de Basilea trasladaría el lugar del Consejo General a Ginebra, lo que equivaldría a decir que la Internacional caería bajo la dictadura de Bakunín».



que, disuelto el organismo de avacuación que corría...

GALIAN. — Más que un gamo.

NADIA. — Ojo con la consecuencia, no sea que justifique al organismo disuelto.

BERNABE. — Corría con el embarque...

GALIAN. — Embarques parcialmente efectuados.

NADIA. — ¡La verdad, la verdad!

BERNABE. — ¿Sobre qué? ¿Os referís a la Auxiliadora? Execradla cuanto queráis. Nunca nos dolieron prendas. A los compañeros que se nos dirigen hemos de comunicarles que este Centro cultural desaparece por causa de la movilización y, de paso, que carecemos de numerario.

NADIA. — Ya te subiste a la parra.

BERNABE. — ¿Yo?

NADIA. — Salí al paso de una posible coladura.

PABLO. — De los adelantados, el reino de los cielos.

LORENZO. — No queréis colaciones.

GALIAN. — Consecuencias, que no es lo mismo.

BERNABE. — A mí ¿qué?

GALIAN. — El oro común recuerda los dineros del sacristán.

LORENZO. — ¿Común el oro? Tú deliras. Al dinero le cuadran todos los adjetivos menos el de común. El haber ricos y pobres lo dice.

GALIAN. — La habida de urracas, puestas a expoliar y a esconder. ¡Todos al dornajo, como cerdos!

NADIA. — Dicta, Bernabé: escribe, Pablo.

BERNABE. — La guerra mundial ha venido a agravar la situación de los refugiados hispalenses, obligados a movilizarse, una vez acogidos al Derecho de Asilo.

GALIAN. — A la fuerza ahorcan. Con el oro pudo lograrse —espera dieron las autoridades de acá —la evacuación escalonada de nuestros hermanos.

BERNABE. — Amándonos como tales, y si el oro todo lo allanase. Sobró para comprar armas: inferiores y escasas las adquiridas. Muchas veces nuestros hombres defendiéronse con los puños.

GALIAN. — Temo que en la procura fuesen más allá del Rastro. La derrota en las alturas se forjó. Perder la guerra, para algunos más útil que ganarla. El oro salió de la Nación incluso con el visto bueno del enemigo.

NADIA. — Y sin tal garantía, el papel moneda traído a cargas, servilletas.

BERNABE. — ¿Dispúsose de una flota numerosa y a tiempo? ¿Hubo muchos países dispuestos a recibirnos? Tengamos presente que a nuestra guerra la amamantó la revolución.

LORENZO. — El capitalismo nos consideró, acá y allá, indeseables.

NADIA. — Al clarearse la bancarrota.

LORENZO. — Antes, antes...

BERNABE. — Conforme fuimos clareándonos. Obtuvimos a granel lo que con cuentagotas se obtiene.

NADIA. — ¿Pensabas así cuando eras Comisario político.

BERNABE. — Así.

NADIA. — ¿Por qué no lo dijiste?

BERNABE. — Eso es otra cosa.

GALIAN. — Salvado el oro y ellos a salvo, los demás... lastre.

NADIA. — Para el lastre, atendido a la consigna de resistir hasta esparcirse por las carreteras y los mares a fin de salvar la vida, creóse la Auxiliadora, magnífica institución... a base de confecciones baratas.

PABLO. — ¡Qué cosa bábara!

GALIAN. — Dí que es mentira, que no están libres y a renta los señoritos de la Revolución, y la plebe constreñida en los campos y muerta de hambre.

LORENZO. — Tal el problema de cara a la galería.

GALIAN. — De cara a nosotros.

BERNABE. — ¡Id con esas a la Auxiliadora! No tuve ni tengo concomitancia con el organismo en cuestión.

GALIAN. — Organillo.

BERNABE. — Tanto monta (dictando). Aprovechamos la coyuntura para saludaros, quedando...

NADIA. — Todos buenos.

CEFERINO. — Salud.

LORENZO. — ¡Hola!

CEFERINO. — Tobías, con leche. (Acude Tobías). ¿Quiéres cocerme este par de huevos?

TOBIAS. — ¿Mucho o poco?

CEFERINO. — Regular.

TOBIAS. — ¿Para antes o después del café?

CEFERINO. — Tiene lo mismo.

TOBIAS. — Como te plazca.

CEFERINO. — Sirve café. Trae un cacho de pan para los huevos. ¿Qué novedades?

LORENZO. — Ninguna.

PABLO. — El levantamiento de los campos, acto seguido de la movilización.

CEFERINO. — ¿Adónde los llevan?

BERNABE. — Al desierto.

NADIA. — A la muerte, por eso se escapan.

BERNABE. — Los emplearán en trabajos del Estado.

CEFERINO. — Entonces están de enhorabuena, porque el Estado ya sabemos qué clase de patrón es...

NADIA. — Y el que lo ignore, que lea Malatesta.

CEFERINO. — Tirano empuñando el corbacho para azotar al pueblo atado a la columna, eso es el Estado.

PABLO. — Te vuelves anarquista, «Cefes».

CEFERINO. — Todos llevamos en nuestro interior un anarquista.

GALIAN. — La Auxiliadora ha pasado a mejor vida.

CEFERINO. — Allí nos espere muchos años.

GALIAN. — Para auxiliarnos no será.

LORENZO. — Funcionará con otro nombre.

CEFERINO. — El nombre no hace a la cosa: los procedimientos.

NADIA. — ¡Esperamos sentados el balance!

CEFERINO. — ¿Dará tiempo a que se cuezan los huevos?

GALIAN. — Cierra con feroz sadismo.



CEFERINO. — ¿Cómo?

GALIAN. — Liquidando atrasos a los paniaguados, que son los que estuvieron en candelero, y dejando a buenas noches a los que todo lo dieron por la causa.

NADIA. — «Finis Coronat Opus».

GALIAN. — Han girado directamente a los individuos: sus queridas están de enhorabuena.

FEDERICO. — ¿Haces el favor? (En la mampara receloso. A TOBIAS. Hablan).

PABLO. — ¿Cómo va esa guía?

CEFERINO. — Mal. No quieren anunciarse.

PABLO. — ¡Tan bien como tú escribes!

CEFERINO. — ¡Remendón o apaña-cuencos que fuese.

PABLO. — ¡No digas!...

BERNABE. — Apaña-calderos de la novela llamaba a Bourget Jorris Karl Huymans.

CEFERINO. — Sin perjuicio de escribirle cartas muy finas y elogiosas. Según Rémy de Gourmont, la imagen singular, la metáfora brutal, acudían espontáneamente a su pluma.

TOBIAS. — A ver este amigo.

BERNABE. — Perdonad...

BERNABE. — Tú dirás.

FEDERICO. — Se me figuró que me perseguían, y me he colado aquí.

LORENZO. — ¿Refugiado?

FEDERICO. — El porte lo dice. Vengo a pie desde Jourdan: cerca de doscientos kilómetros.

NADIA. — Siéntate.

FEDERICO. — Gracias. Salté las alambradas del campo y eché a andar. Estoy despeado. Tengo hambre.

FEDERICO. — Tobías, los huevos y el pan. Trae un doble de café con leche. (A Federico: Habla, habla...)

FEDERICO. — Llego sin aliento.

PABLO. — ¿Por qué te escapaste?

FEDERICO. — Por amor a la libertad.

GALIAN. — (Vuelve por otra).

PABLO. — Es una razón.

FEDERICO. — ¿El compañero estuvo en algún campo?

PABLO. — No.

FEDERICO. — Entonces, me explico la pregunta.

TOBIAS. — El doble, el pan, los huevos...

CEFERINO. — Para el amigo.

FEDERICO. — Con el café me basta.

CEFERINO. — Anda con todo.

LORENZO. — ¿Levantarían el campo a poco de escaparte?

FEDERICO. — Casi a la par.

LORENZO. — Por eso.

FEDERICO. — A no militarizarnos, me avinie-se a seguir en Jourda, con ser este punto nocivo para mi salud y a pesar de hallarme en él sujeto a las mayores privaciones. ¡Un año en la gusanera! Hemos aprendido latín.

PABLO. — Gusanera aquello, y gusanera esto. ¡Ya verás, ya verás, si no te echan mano.

FEDERICO. — Soy contrario a la guerra. Hasta no afectarme no salté las alambradas de aquel cementerio. Yo no contribuyo a que los hombres se maten.

LORENZO. — ¿Te acogiste al Derecho de Asilo?

FEDERICO. — En la disyuntiva de repatriarme para que me fusilaran o seguir aquí, hice lo que todos, que un día de vida es vida. Yo a la guerra, no. La repruebo porque la odio. Admito el valor que razona, el ímpetu que a la acción noble guía,

el coraje con que la verdad se proclama. Las armas para dominar, para destrozar, para matar, torpeza fabricarlas. El trabajo así deshonor al trabajador. Forja sus cadenas y cava su fosa. Acaparadas las armas, el acaparador se impone al fabricante en nombre de estúpida muletilla. De este modo el obrero, torpe instrumento del que manda, renuncia a ser hombre. Niega todo sentido de humanidad. Va contra el progreso. Desmiente la civilización. Retrocede a la esclavitud. Hila su dogal y se lo echa al cuello. En el pecado de construir armas lleva la penitencia de utilizarlas. Para matar o para que lo maten. Ahora es el arrepentirse de su obra cuando el mal no tiene remedio. Después de hacer más fuerte al fuerte y quedar él a su merced. El poderoso necesita del paria para disminuir sur querellas. Todas las mentiras valen para llevarlo a la muerte. En nombre de la patria. Con el señuelo del heroísmo. Exaltando y consagrando la barbarie... La guerra es el asesinato colectivo, gran solución de los que nada solucionan. ¿Y el derecho a ser libres? ¿Y el derecho a vivir? ¿Qué cauce permite alegar estos derechos? ¿Existen siquiera? ¿Cuentan entre las leyes humanas? Hay soldados porque discurren menos que la culata del fusil. La guerra es antinatural a todas luces. Condenada conmigo al grito de ¡abajo la guerra!

PABLO. — ¿Y la nuestra?

FEDERICO. — Con todas mis potencias la mal-dije. Enemigo de la violencia, rechazo los procedimientos de fuerza. Me someto a la más agradable de las tiranías: al estudio.

LORENZO. — Eres evolucionista.

FEDERICO. — Soy enemigo de los despeñaderos.

LORENZO. — Nuestro pueblo sabía adónde iba.

FEDERICO. — Los pastores, el rebaño nunca sabe nada.

GALIAN. — Quizá los malos, porque los hubo inmejorables.

FEDERICO. — Me refiero a la masa del pueblo, en conjunto todo y nada.

LORENZO. — Según... según...

BERNABE. — Este centro, compañero, desaparece. Nos hallamos pendientes de que venga el dueño para entregarle las llaves y de los amigos que nos ayuden a trasladar los trastos que aquí estás viendo. Con nada te auxiliamos, porque nada tenemos. Estamos como tú, mejor documentados, pero en idéntica situación, arrastrando el mismo karma.

GALIAN. — Viviendo de milagro.

LORENZO. — Si vivir se puede llamar a esto.

PABLO. — ¡Ya verás, ya verás!

FEDERICO (alzándose). — Agradecido.

CEFERINO. — No tienes por qué.

GALIAN. — Llégate al Cosmopolita, que está próximo.

FEDERICO. — ¿Y eso qué es?

GALIAN. — Un café en el que recalán los compañeros que no tienen para café.

FEDERICO. — Prefiero deambular. De todos modos, gracias.

NADIA. — Dí: ¿Quieres acostarte conmigo?

FEDERICO. — Bien.

NADIA. — Vamos, compañero libertario.

FEDERICO. — Vamos, mujer sin prejuicios.

PUYOL



# LA ADOLESCENCIA

V

(Conclusión)

Me eché sobre un banco  
 Donde dormía el amor.  
 Oí entre la humedad  
 Lloros, lloros.  
 Después fui al erial y al monte,  
 A los cardos y espinos  
 que me dijeron cómo fueron seducidos  
 y obligados a ser castos.

W. BLAKE.



S corriente presentar la adolescencia como un período de agrestes boberías y de bellaquerías antisociales. Thistle T. Harris pinta la adolescencia con la siguiente descripción:

«... Un mozalbeta venía vagabundeando calle abajo; sus voces estridentes, ora altas ora bajas, hendían el aire con persistencia frenética. Agregado a él, saltando y retorciéndose, su aguda voz interrumpida por fuertes amonestaciones, venía una muchacha

de la misma edad. Corretearon a lo largo de la acera olvidándose de todo, excepto de sí mismos. En apariencia el joven era alto y abobado, con piel aparentemente sucia, pelo abandonado, la corbata torcida, el abrigo mal puesto y los pantalones sin planchar. La muchacha iba mejor presentada...

No muy atrás avanzaba un grupo de unos ocho jóvenes, de la misma edad. A primera vista se portaban éstos de forma diferente. Los chiquillos, revoltosos y mal educados, iban chillando y maldiciendo a voz en grito, con chillidos irregulares; las muchachas, gritando y riendo convulsamente». («A Plea for the Adolescent», Thistle T. Harris. Journal of Sex Education, vol. 2, N.º 1).

Sin duda alguna ésta es una descripción correcta. Todos nosotros hemos visto adolescentes portándose de una forma más o menos similar a ésta. Pero, la subsiguiente observación del escritor es de un interés considerable.

«En este período del desenvolvimiento biológico de la juventud los impulsos del sexo son nuevos y fuertes y el control de los mismos, esencial en una sociedad civilizada», se alcanza solamente dejándolos ir en otra dirección. (Ob. Cit.)

He escrito en cursiva las palabras que dan la clave de todo el problema. La clase de civilización que sostenemos está basada en la represión autoritaria de la niñez y en la derrota de la adolescencia negándole las facilidades por las cuales la evolución de los instintos sexuales puedan alcanzar la madurez. Estoy de acuerdo con Thistle T. Harris en que este control es esencial «si queremos perpetuar la clase de sociedad que tenemos ahora». Pero si queremos alterar nuestro patrón social e implantar una sociedad libertaria, no hay razones válidas para esta represión. Al contrario, el revolucionario verá en el impulso sexual una fuente de energía apreciable para la lucha por la emancipación. Esto no ha sido completamente abandonado; ciertos movimientos revolucionarios han constituido centros para la instrucción sexual de los adolescentes.

Casi no hace falta decir que esta forma de trabajo revolucionario es muy peligrosa, porque los gobiernos la prohibirán siempre vigorosamente, ya que esto es un medio efectivo para producir un movimiento juvenil con fe en sí mismo que no se deje intimidar fácilmente por la autoridad. En este país es legal enseñar a los jóvenes el catecismo comunista, fascista o marxista, porque fácilmente lo podrán olvidar, y aprender en su lugar el catecismo católico. Podéis decirles a los jóvenes que son esclavos de un mísero salario, que son lacayos del sistema capitalista y que deberían renunciar para realizar la expropiación de los medios de producción, etc., etc., y nadie se molestará por esto. Pero hacédles saber que lo que tanto desean es lógico y natural, explicándoles cómo realizar sus deseos sin graves consecuencias, dadles verdaderas facilidades para gozar del amor en paz y confortablemente e iréis a parar a la cárcel.

El adolescente, muchacha o muchacho, que no sufre de privación sexual, no es osco o torpe o dado a la baladía haraganería. Estos se deslizan maravillosamente de la niñez a la edad adulta. La tosquedad del promedio de granujillas y tunantuelas no es debida a la ignorancia de éstos con respecto a la forma de comportamiento civilizado; es debida al hecho de que sus luchas interiores les imposibilitan obrar de una forma natural.

¿Pero qué cualidades de «adulto» podrá presentar un muchacho de quince años cuando le mostremos su primer vástago? Nadie esperará seriamente que un chiquillo de esa edad se acomode alegremente a los deberes usuales de la paternidad. Y la muchacha, ¿deberá cesar su educación a los catorce años cuando empieza a tener hijos?

Argumentos de esta naturaleza son expuestos para atacar la cuestión de los adolescentes sexualmente activos. Esto encierra algunos problemas interesantes de biología y sociología. El hombre, lo mismo que otros muchos mamíferos, es apto para la reproducción antes de alcanzar su completo desarrollo. No tiene malas consecuencias para su descendencia ser padres de generación temprano en lo que concierne al bienestar físico. (La excepción a esta regla se da en ciertos tipos de generaciones antinaturales de animales domésticos y en muchachitas precozmente fértiles.) Pero no nos interesa del todo la cuestión física: el hombre ha evolucionado intelectualmente en grado incomparable con respecto a los mamíferos inferiores. Entre los tipos superiores del hombre se necesita un período de al menos veinte años para corresponderse con otros animales mamíferos y precoces. El objeto



de la niñez no es solamente crecer, sino vivir a través del desarrollo evolutivo que ha llegado a producir el tipo adulto. Durante este proceso, el individuo necesita manifestarse con toda su energía y potencialidad; algunas de estas cualidades son débiles o se hallan atrofiadas; otras completamente desarrolladas, y en estas condiciones tanto física como intelectualmente, la madurez es alcanzada. El hecho de que estudios en gran escala hayan revelado el hecho alarmante de que una gran proporción del ejército americano es de una edad mental correspondiente y aun menor de los catorce años, refuerza simplemente la opinión de que las condiciones sociales existentes no favorecen el verdadero desarrollo de la adolescencia.

Pero si el hombre, por medio de su normal desarrollo biológico, ha conseguido un cerebro y una constitución emocional que necesitan aproximadamente veinte años para madurar, mientras que su aparato reproductor necesita solamente trece años, la solución la ha dado su desarrollo mental. El hombre depende ahora enteramente del control artificial de las funciones naturales; su control de las funciones de reproducción ha sido retardado por varios siglos de educación supersticiosa, pero ahora que ha sido conseguido, el problema de retraso entre la madurez de reproducción y la madurez social está solucionado.

Las gentes que no pueden simplemente tolerar la idea de que los adolescentes gocen de una vida sexual normal, son capaces de hacer cualquier cosa para oponerse a ello. Sus argumentos van del completo y obscuro abuso a la machaquería de que el anticoncepcionismo no es todavía una cosa perfecta. Claro está, el anticoncepcionismo no es perfecto; tampoco lo es el transporte por carretera, ni la industria de conservas, ni el sistema de electricidad en las viviendas e infinidad de otros procesos artificiales por los que vive y muchas veces muere la sociedad. Pero muy pocos serán los que sugieran la necesidad de que las costumbres sociales basadas en procesos artificiales deberían ser prohibidas debido a los accidentes que ocasionalmente ocurren a causa de las imperfecciones. No, nosotros procuramos hacer nuestro transporte rodado, nuestra industria de conservas, nuestros aparatos eléctricos más y más perfectos; esto da la respuesta al problema del anticoncepcionismo o de los niños no deseados en la adolescencia. El anticoncepcionismo está todavía en su infancia y las fuerzas de la ley y el orden parecen determinados a que los adolescentes tengan que encontrar el máximo de dificultades para obtener protección, incluso a través de su forma más elemental.

La cuestión, por tanto, no está en si el goce sexual del adolescente es practicable o no, sino en cuál sería el resultado para la sociedad si muchachos y muchachas entraran en completas relaciones sexuales tan pronto fueran aptos para tal función. Muchos revolucionarios dirían que la diferencia sería pequeña, que la vida sexual del individuo es un asunto privado que interesa o afecta a sus relaciones con la sociedad. Sobre esta cuestión, los reaccionarios son, sin duda alguna, más inteligentes; los comprendidos en la clase gobernante, que han heredado la ciencia tradicional de cómo subyugar a las masas y explotarlas, saben lo que consiguen por la docilidad. Estos no caen en el error de pensar que las cuestiones sexuales no tienen importancia, ni tampoco desperdician palabras en señalar que el «statu quo» se sostiene sobre el entrenamiento moral de la juventud y sobre la preservación del presente patrón familiar. Son los revolucionarios quienes se engañan ellos mismos cuando toman al coronel Blimp por loco cuando éste predica «pureza» y «decencia standard». El coronel Blimp no está loco cuando llega a la ciencia del gobierno; dentro de esta estrecha textura es más inteligente que la mayoría de los revolucionarios, y puede permitirse el lujo de mirar hacia ellos con desprecio. Y desdeñar el hacer caso a sus mezquinos esfuerzos por elevar a las masas sólo por medio de la propaganda política.

Cuando el coronel Blimp se lanza a la acción, podemos estar seguros de que algo pasa que puede conmover los cimientos del Blimperismo, y pocas cosas encolerizan tanto al coronel Blimp como la «corrupción de la juventud». No quiero decir que los procesos y reacciones mentales del coronel son siempre estrictamente lógicos y muestran una amplia comprensión de los problemas pendientes. La habilidad intelectual es innecesaria para las clases gobernantes; lo que hace falta es una habilidad simple para recapitular intuitivamente ante toda circunstancia y dar la respuesta apropiada. Cuando el coronel Blimp embiste como un toro, es porque existen muy buenas razones para obrar de tal manera. Nos sobrepondremos a él y destruiremos las creencias de su clase, pero no ridiculizando sus extravagancias, sino estudiándolas detenidamente y aprovechándonos de ellas como el diestro hace con el toro.

Se notará que infinidad de individuos bien enraizados en la clase burguesa propagan cosas que son peligrosísimas para la estabilidad de sus propios intereses. Freud, Bertrand Russell, Lindsay, Norman Haire son individuos de este tipo. Estos no se consideran a sí mismos como revolucionarios; pregonan los fines anarquistas, y algunas veces tratan (muy tarde, como Freud), de deshacer el daño que ha ocasionado a la cultura burguesa su obra desinteresada. Lindsay, el honesto trabajador social que estudió los problemas de la sexualidad del adolescente, estaba muy interesado en «hacer funcionar el matrimonio». Sus investigaciones le condujeron a publicar materiales completamente destructivos para las ideas que son apetecibles para una adolescencia casta seguida de un matrimonio monógamo, resultando éste completamente extraño a las buenas intenciones de Lindsay. Al final pregonó el amor libre o buscó convertir la idea del matrimonio substancial y permanente; no obstante, sus camaradas jueces le juzgaron por sus obras y no por sus intenciones. El perdió su judicatura.

Norman Haire, el industrioso y lúcido sexólogo, trató de demostrar en teoría que no existe razón lógica para prohibir el intercambio sexual entre los adolescentes. Atribuía su prohibición al completo y tonto prejuicio. Haire se mostró reacio a sacar a luz las claras conclusiones de sus propias experiencias. Si se hubiese permitido sacar conclusiones sociológicas de sus recomendaciones a la adolescencia, seguramente se habría encontrado en un aprieto. ¡Un burgués liberal predicando la destrucción de uno de los puntales fundamentales de su medio!

Podría pensarse que en este capítulo he expuesto una tesis más o menos dogmática en la que quiero expresar de forma atrevida que si la adolescencia disfrutara del goce completo de su vida sexual se transformaría toda ella en revolucionaria o anarquista. No es tal mi intención. He indicado en un capítulo anterior dónde radican las raíces de la insociabilidad y de la frustración del adolescente: en los «dresgraciados orígenes» de la temprana niñez. Lo que pretendo demostrar es que hablando de una forma general, la masa del pueblo crece de las propias condiciones humanas para ser revolucionaria en gran parte, y ello es debido al efecto producido por su derrota en la adolescencia. Pueden obtener un «bautismo» de represión en la infancia, pero esto puede ser doblemente efectivo cuando va seguido de una «confirmación» represiva en la adolescencia.

Para nosotros es muy difícil obtener mucha influencia sobre las condiciones de la infancia en la masa del pueblo; pero no es tan difícil alcanzar la adolescencia. Sugiero aquí que sería mejor interesarnos en sus necesidades básicas, en el tipo de individuo que llegará a ser, que en mejorar su mentalidad con opúsculos como el de Kropotkin («A los jóvenes»). No hay nada malo en esta clase de agitación directa y material educativa, pero los jóvenes son muchas veces incapaces de asimilarla, no por falta de predisposición mental, sino debido a su desequilibrada disposición emotiva.



Se hallan más propensos a absorber el pábulo del fascismo y del comunismo, o de cualquier partido en tiempo de elecciones. Las líneas de los partidos les prometen emociones, una bandera para vitorear y un bellaco a quien silbar; una lucha en la que más grande que ellos mismos se apoderará de su deprimida conciencia.

El anarquismo es un derrotero muy difícil para atraer seriamente a aquellos que están atontados y se odian a sí mismos como ocurre con el término medio de la adolescencia. Esta obra no producirá anarquistas de una forma espontánea como una máquina produce salchichas; pero está llamada a impulsar el desarrollo del individuo mentalmente apto para oponerse, de una forma responsable, a la autoridad. Sólo cuando el individuo ha conseguido un justo equilibrio de su propia vida puede ser apto para trabajar por una verdadera sociedad. El equilibrio no se puede encontrar ahogando los impulsos naturales. El individuo que ha extinguido su vida sensual y emotiva con objeto de trabajar para la «causa», es una persona de las más peligrosas: es inclemente, despiadado e intolerante con los demás. Incluso abrazando la causa de la libertad individual, es opresor en los medios que escoge para alcanzar su fin. La disciplina mantenida en las filas de la Juventud Comunista tiene un gran éxito en la producción de hombres y mujeres obtusos que llegan a ser los dirigentes ejecutivos del Partido.

¿Cuál es la alternativa? En el movimiento anarquista mucha gente teme dar ánimo a una débil, perezosa e indulgente juventud, presta a hablar de libertad, agitar la sociedad burguesa y servir de portavoz a las ideas revolucionarias. Tal juventud se halla al borde del movimiento anarquista; pocos serán los que pasen más allá de este borde. Pero examinar la revolución social como un problema práctico encierra valor, valor, por encima de todo, para afrontar las deducciones prácticas de las propias teorías. Los ineficaces hedonistas, cuyo desarrollo ha sido alentado por el movimiento anarquista son, en el peor de los casos, una especie de Tia Sally para que nuestros adversarios la apedreen. Valen más para esto que si fuesen disciplinados engranajes de la máquina del Estado, o de los partidos autoritarios aspirantes a manejarla. Lo que nos interesa es la liberación de la energía latente en la adolescencia, y no debemos dejarnos desviar por el principio de que el material estropeado será siempre material estropeado, sobre todo cuando éste no encuentra traba alguna. En un movimiento revolucionario, los verdaderos trabajadores son siempre menos notables que los «dilettantes».

En esto nos parecemos mucho de Wilhelm Reich, el Reich del decenio de 1930-40, pues la controversia de Orgona casi afecta a este asunto. Sin duda alguna ha prestado este un gran servicio al movimiento anarquista al concentrar la atención sobre las implicaciones sociológicas de la miseria sexual. Pero debe tenerse en cuenta que no podemos esperar demasiado de las teorías de Reich por sí mismas. Reich es siempre un bolchevique en apariencia, y aunque denunció al Partido Comunista como un fraude y un fracaso, sus análisis sobre el leninismo son mucho menos claros que la mayor parte de sus otros análisis políticos. Las conclusiones de los trabajos sociológicos de Reich conducen a uno inevitablemente al anarquismo, a menos que uno posea un carácter de corte autoritario; y es muy interesante seguir el desarrollo de las ideas que le condujeron a postular la necesidad de «conducir la democracia» por canales independientes de la teoría anarquista. Reich parece no darse cuenta del significado de anarquismo. No obstante ha apoyado fuertemente la mayoría de las teorías fundamentales del anarquismo por medio de sus propios descubrimientos.

Hoy el horror ante la realidad social, y ante el terrible futuro que pueda ser su resultado, da a toda nuestra propaganda una nota muy sobria. Esto no puede evitarse si hemos de adherirnos a una política honesta; nosotros no menospreciamos los problemas que tenemos delante, ni tenemos

interés en pintar el futuro de color de rosa. Esta destemplanza general no es propicia para incitar a la adolescencia a que derroche sus energías en lo que más bien parece un movimiento de Jeremías, puesto que, muy lógicamente, la opresión de la sociedad sobre ellos les hace reaccionar esquivando todo lo que es lóbrego y buscar cuantas diversiones alegres que les son posibles fuera de los horrores de la escuela, del tajo de trabajo, de las calles de la ciudad y de la palidez de la vida de familia. Los adolescentes no ignoran los males de la sociedad moderna; de forma confusa conocen estos males demasiado bien por el impacto directo sobre sus propias vidas. Sus impulsos, no obstante, tratan de evadirse, y ellos cierran los ojos ante ellos. Y en vez de reprimirlos se jactan de ellos, como muchos revolucionarios hacen.

Pero el anarquismo no es un culto triste y mesiánico; es algo con vida y vigor; una insurrección contra las fuerzas negativas de nuestros tiempos. El aspecto positivo del anarquismo tiene mucho de atractivo para la adolescencia; éste acentúa la necesidad de apurar todos los recursos «ahora», en el presente. No tratamos de engañar al adolescente con cuentos de hadas. Señalamos que el solo camino verdadero para una vida saludable, tanto personal como social, se encuentra a través de la felicidad del momento.

Las diversiones que ofrecen los cines, salones de baile, ferias, partidos de fútbol, etc., dejan un cierto gusto de ranciedad en la boca de los jóvenes. Estos ambicionan más, pero se ven defraudados en sus verdaderas aspiraciones. Debemos señalar que esta depresión no es debida a nada básicamente insano en estas ocupaciones, sino al hecho de que la cantidad de satisfacción que pueden dar «no es suficiente» para satisfacer los ávidos apetitos de los adolescentes. Estos, instintivamente, buscan excitación, amor, estímulo mental, expresión creadora y embriaguez sexual, y sólo encuentran los tibios y artificiales sucedáneos que los viejos les proporcionan. Como se ha recalado anteriormente, la cuestión sexual es sin duda alguna el centro de los problemas de la adolescencia, pero de ninguna forma único problema. El joven sano debería poseer tal apetito por la vida que, sin reparo alguno, debería devorar todos los conocimientos para de esta forma estar preparado para abatir las barreras opuestas al desenvolvimiento de la humanidad.

Los jóvenes creen que existe una conspiración de edad contra la juventud, y tienen razón. Se predica mucho sobre la responsabilidad que los adolescentes deben aprender a aceptar, responsabilidad que incluye el marchar como ovejas al corral militar, sudar como aprendiz mal pagado, imperles a hacer estudios que hagan de ellos eficientes unidades de producción, negar su robusta sexualidad cuando a su apoyo llega y a que obedientemente cumplimenten las órdenes de sus padres. No vamos a predicar la revolución social como otro «deber» que ha de encargarse a la joven generación. Nuestro mensaje a los jóvenes es un mensaje de estímulo, de esclarecimiento sobre el valor de sus propias aspiraciones, del desprecio que han de manifestar a las cargas que la autoridad arrojará sobre ellos y de las falsas recompensas que cínicamente les ofrecerán a cambio del sacrificio de sus vidas. Muchachos y muchachas emocionalmente frustrados se acogen al idealismo muy fácilmente, pero a un idealismo de una naturaleza sentimental y poco práctico. El joven que se consume sacrificándose por la causa revolucionaria puede estar tan mentalmente enfermo como el joven que da la vida por su rey. No es una gran obra envolver el frustrado sentimentalismo de la adolescencia con banderas, banderas y canciones; tal misticismo es inútil para los verdaderos fines revolucionarios. La juventud, turbada en su armonía natural, está siempre dispuesta al sacrificio; pero nosotros hemos de enseñarle a «recibir» en cambio.

Tony GIBSON

(Trad. de J. Ruiz).



# AMÉRICA *ante el mundo*



En el terreno de las realidades, América tiene un largo camino que recorrer. Continente surgido a la faz del mundo, gracias al esfuerzo de voluntades reunidas en el trabajo y que, a su merced, surgió del fondo del tiempo con luz prometedora, en estos momentos está luchando por encontrarse a sí misma. El dolor de la calle ha identificado a sus artistas y pensadores, poetas y literatos, en cuya obra fecunda se perfilan rasgos inconfundibles, frente a manifestaciones intelectuales de otros pueblos que van cediendo en valor de permanencia. Un desplazamiento de voluntades, intermitente, encuentran en suelo americano campo abonado a las grandes realizaciones del futuro, y entremézclase con el espíritu autóctono, adentrándose en su entraña, donde es modelado en formas estéticas de profunda raíz humana.

Grupos de naciones formadas al calor de ideales, en cuyos estandartes llevaron grabados a través de su corta historia los nobles principios de fraternidad entre los hombres, el dolor ajeno se hizo carne en la sociología y en la literatura. Y hoy el corazón de América palpita al calor de la tierra, con la pasión altruista, consciente de su misión a cumplir dentro del conjunto de la vida civilizada. Sin embargo, se puede hablar de una literatura y de un arte pictórico americanos, actividad creadora a que intensamente están abocados con desinterés y generosidad un buen número de elementos sólidamente cultivados en estas disciplinas. No tardará el día en que podrá hablarse, con igual propiedad, de una filosofía propia, que barra con los preconceptos del arcaísmo científico que hasta hace poco ejerció primacía en la formación intelectual de estos pueblos.

El trasplante de elementos antes radicados en otros pequeños mundos del horizonte, por virtud de los acontecimientos políticos que les obligaron a huir del terror desencadenado por el ciego fanatismo, está adquiriendo contornos muy prometedores para el porvenir de la tolerancia y para el desarrollo de las artes y las ciencias. América va adquiriendo nuevas formas, con nuevo sentido estético y conceptos propios en su pensamiento. El suelo parece transformar los mismos caracteres, apoderándose de los espíritus para modelarlos a su propia semejanza, y lo que va perdiendo de originalidad tradicional desde el punto de vista histórico lo va ganando con el enriquecimiento de sangre nueva inyectada en sus arterias a partir de la conquista. Si ciertamente el gran problema secular de readaptación indígena constituye una rémora en la conciencia americana, por los valores que atesoran razas sufridas, de recio nervio y temple magníficos, no está lejano el día en que habrá de ponerse precio adecuado a esta materia prima humana que ignominiosamente desfallece acosada por la civilización blanca de pólvora y al-

cohol. Desde el punto de vista sociológico, la incorporación de ese sector humano al conjunto de la edad moderna, no ha sido encarado con un fin de capacitación positiva, tirando a largas el asunto en tanto la actividad política se embarcó en los litigios de otras naciones alejadas cuya existencia depende de la paz o la guerra. Tan imperdonable resulta la inepticia de los sectores que se disputan la vida civil, como el abandono de los tesoros arqueológicos que se precipitan en ruina al punto de que no podrán ser restaurados jamás, representantes de distintas culturas que en los astros y en los agentes de la naturaleza divinizaban al hombre.

Los quebrantados de la vida contemporánea imponen condiciones muy drásticas a la personalidad individual. Regimentada por condiciones artificiales de interés particular, pretenden martirizar el libre desenvolvimiento de iniciativa. Y la actividad industrial, con su fiebre trajinante de compraventa que emborracha al mercantilismo norteamericano, contamina las pequeñas agrupaciones del centro y del sur, formadas al calor de la tierra, a la vera del hogar, propicias a la plática y al descurreimiento reconfortantes. El verano del industrialismo aplicado a la manera de sistema de antigua esclavitud, aniquila el vigor y el entendimiento, en una monótona actividad febril que agota el valor del hombre y le convierte en autómatas, incapaz de reaccionar vigorosamente para sobreponerse a esa forma de explotación. Se argumenta que tales sacrificios los exige la forma de vida actual, a lo que puede responderse que ningún sistema, cualquiera que sea, tiene derecho a imponer un precio tan caro como representa la vida del hombre. Mejor fuera imponerle la condición de una disciplina intelectual que obligue al desarrollo de sus facultades, capacitándolo en forma que pueda hallar otras soluciones a su desgracia irredenta de sucumbir sin misericordia.

En los cuatro puntos cardinales del hemisferio, en cualquier sentido de su acción, los hombres crepitan, activos, por una solidez moral que adquiere formas vivientes. Si en uno de los extremos el temor de la guerra que amenaza al Asia y a Europa absorbe las energías de la muchedumbre — aún reconociendo que en la defensa de su porvenir va implícita la de un régimen que explota al hombre y a la máquina — en el otro ámbito se ara la tierra y se construyen ciudades y se piensa con pasión y fe seguras de que ningún vendabal podrá destruir la obra eterna.

En el campo de las especulaciones intelectuales propiamente dichas, es América la que lleva sobre sus hombros la responsabilidad de la tradición latina. Heredera de dos culturas seculares, ya en el cultivo de la lengua como en las distintas expresiones del arte, sus hombres representativos tienen noción acabada de su esfuerzo para la pervivencia de la conducta histórica de noble tradición castellana. Despreocupados de apremios, a la inversa de otras



comunidades del viejo mundo que se agotan afanosamente entre dificultades agobiadoras temerosos de que el tiempo precipite los acontecimientos y arrase con los restos de la cultura, es reconfortante observar esta lucha tesonera en la acción del genio creador. En contacto permanente con cuanta manifestación se experimenta en cualquier parte del globo, no puede hablarse ya del comienzo de formaciones experimentales, sino de una existencia positiva que gravita por su peso en las esferas del intelecto humano, tanto por la multiplicidad cuanto por la calidad de su labor.

En este extremo del planeta, proveedor de alimento a un importante sector de población del mundo, que dentro de la economía moderna ocupa un lugar preferentemente disputado, no está lejano el día en que la capacidad técnica de las nuevas generaciones en formación pondrá a prueba el valor moral de la ciencia al servicio humano que hoy, desprovista de sentimientos, responde despiadada e inconscientemente a fines bélicos. Y las negras dictaduras que ensangrentaron su suelo, como saldo del bárbaro coloniaje, son desplazadas por obra de la conciencia ciudadana en plena evolución. Aunque no haya adquirido el necesario grado de madurez, no obliga a negar ese progreso en el orden de las ideas políticas. El futuro mostrará, con la definición de la contienda que divide la tierra, que América es terreno abonado al cultivo de las grandes realizaciones espirituales.

A remanso de los hechos cuyos principios separan la acción del pensamiento político de nuestro tiempo, América latina no puede ocupar otro lugar que el de espectador en este momento de tribulaciones. Sus problemas sociales tienen un carácter definido, basado en la libertad política y económica del hombre y no en la formación de dinastías terratenientes e industriales a perpetuidad, pues fruto del esfuerzo de sus pueblos a ellos debe volver la riqueza arrancada con sudor e ingenio a su suelo. Bajo esta premisa, está surgiendo un movimiento de opinión que toma cuerpo continental, de anular el derecho de herencia, como una fase para encauzar la acción social a un fin positivo de distribución de los bienes materiales. En este trance, en que dos ideologías se estrellan en afán de predominio hegemónico por imponer sobre el mundo una dictadura formal, cualquiera que sea su color y forma, el sentimiento latino estudia la solución de sus problemas a la luz del sentimiento.

El ideal que inspira estas innovaciones en el campo de la justicia distributiva en síntesis, va más allá del interés inmediato, del hedonismo materialista por el enriquecimiento a todo trance. Siempre del lado de la libertad como ideal que aspira a convertirse en divisa humana, no cabe elección posible. América latina ha estado siempre del lado de la justicia y observa con natural recelo la política mercantil de su poderoso amigo del Norte, cuyo egoísmo absorcionista le induce a tratar como traficantes a los pueblos, mostrándoles un puñado de monedas obtenidas por vía de explotación, en tanto pretende encarar y solucionar las disputas internacionales con criterio exclusivo, basado simplemente en el poderío de las armas. La comunidad del Norte no ha comprendido en su justa medida el pensamiento de los pueblos latinos, que aun debatiéndose entre los mayores pe-

ligros y vicisitudes, siempre tiene un lugar reservado para la melodía amorosa, el gusto por el arte y la admiración por las nobles acciones. Su mentalidad colonial de conquista, que responde a la finalidad de traficar con los verdugos si de la transacción se obtiene un producto de interés exclusivo, ha impedido hasta hoy sellar un pacto de sangre con sus vecinos. Norteamérica es el país más cosmopolita del hemisferio y por ello el menos americano en toda la comunidad de naciones. Su espíritu hasta hoy no está identificado con la conciencia autóctona y sus problemas le resultan secundarios. Su actividad trajinante proviene del industrialismo sajón que absorbe las energías de su corriente sanguínea. Sin haber experimentado sino muy levemente las palpitaciones de la tierra y los efluvios de la naturaleza, inclina su actividad pensando en Europa y en Asia, de espaldas a América, cuyos problemas le interesan en grado secundario desde el punto de vista de su propia defensa. Al considerar con tan equivocado criterio la vida de relación de los pueblos latinos, incurre en el error de imponer la venta de su democracia a cotización del dólar, colocándose en igual situación de la España de ayer, cuyo imperialismo se precipitó irremisiblemente hasta perder casi el nombre de lo que representa, y del aborrecible comunismo estatal con su paraíso a precio de liquidación.

Nuevos tiempos reclaman nuevas ideas y distintos procedimientos de conducta. América está reaccionando por imponerse un sentimiento a tono con su espiritualidad. Y si aun no se han soldado los tejidos rotos por desavenencias políticas internas, ya en diversas naciones revive el viejo ideal boliviano de agrupar en una sola las conciencias divididas, aglutinadas por lazos de sangre, de raza y de ambiente que tienen un origen común. Desde el golfo de Méjico a Tierra del Fuego se observa el calor del rescoldo y no hay duda que el tiempo hará entrar en sazón esta iniciativa no olvidada. Las naciones, tal cual evoluciona la concepción del mundo, se reducen a simples ciudadelas, regidas por municipios que, agrupados entre sí, forman federaciones. La comunidad latinoamericana identificada con el indigenismo, está perfectamente definida con rasgos comunes que resultan indisolubles. La uniformidad de su conciencia política y moral se identifica en punto que no encuentra diferencias sustanciales de conducta y su cultura le impone el sello inconfundible de una perfecta hermandad.

Por fortuna, son los hechos quienes crean las instituciones e imprimen su evolución. El individuo, al presente aplastado por las instituciones, reacciona violentamente para que éstas resulten organismos al servicio del hombre, no de una clase ni casta, sino de amplitud común, sin la aplicación particular del feroz extremo de la ley. Practicar el bien siempre resultó empresa difícil, pero el hombre no es un producto negativo. Y si en su recorrido histórico frecuentemente camina a tropezones, representa simbólicamente toda la riqueza universal. América toda, que está buscándose a sí misma, y el mundo entero, confía en él y en la acción generosa creadora de nuevas civilizaciones.

**CAMPIO CARPIO**



# SUPERTURISMO DOLAR



E purga epistolarmente conmigo un compatriota, refugiado en cualquier odorífico de garagara, muy trajinero; y anclado provisoriamente en una postinera playa de por ahí. Sigo—se me confiesa—de garzón en el Gran Casino, yungla más trabucaire esa hipóbole, que Sierra moruna. Nos llueven por estas costas los samuelitos a *bushels*. Diariamente tengo ocasión de clavar a muchedumbre de estas mariposas, en el trinchante con que despierno canetón. Como yo no voy a los Apalaches, los apachados van viniendo felizmente a mí. En mi calidad de mandilón exprés, yo taño todo lo moliente en curso, capto cuanto se pita y masco chicles Adams. En la turbamulta veranillante, hay de todo, como en botica: matrimonios añejos, que se descosen nalgueando en contradanzas de Virginia, pasadas por la criba de un elevador del Oeste central y el churre de una fábrica de mantequilla de Dakota del Sur; mozas parejas extraconyugales, de un rubio de plumón de pato recién nacido, de tanto comer pudín de maíz; becados como becadadas, imberbes, ahorcagatos de John Hopkins, que, aunque con lentes como un parabrisas, que los hace parecer un Chevrolet, no abren otro libro que el de cheques e improvisan murgas con el guardabarros de un jeep del Departamento de Defensa; elegantes *girls*, dueñas de pozos petroleros en Hudson, frigoríficos en Illinois y cien millas de trigo en Arkansas, que vienen a comprar un duque y tienen que contentarse con un peluquero; senadores antibolcheviques con abrigos rusos, y muy poco patricios romanos, pero que se corren farras capitolinas, con gansos como avestruces, sagradamente rellenos y todo. Los *boys* afeitados a motor hasta la escocedura, hasta despellearse el masetero, pisan con el antepié, como si la ambición de cada uno de sus tubos dictase a la llama de plata de sus ojos, que aún queda mucho metal en Guanajuato por acuñar en los montes de la Luna. Las chicas sonríen a la luz del ocaso germanolatino, como una pluma tostada, que ha combatido todo el día en el desierto con el sol, y ha salido victoriosa del ring. Unos y otros exigen por su fresca cara que se les sirva como en motocicleta, tirando a enervar y a poner febril hasta al durmiente de una ferrovía. Pero yo soy un manchego socrático, lleno de chicha calma y que me hago queso cuando me conviene. Y no más me esponjo de risa, cuando alguna locares, desertora reciente del ramo del almodón, que pierde las ligas por cualquier cosa de pantalones que se le ponga a tiro, hace como que se chifla de algún galán que es un gañán, con manos de cavador de zanjas, aunque extienda a máquina los *money orders* y tenga acciones de pesquerías en el Labrador o en Ontario. Mis sobrinos de su tío se llaman Makintire o Magoire: escribo esas charadas de modo, que se puedan leer. Llegan de pueblos, que llevan por nombre estos escarnios: Joralemón, Wakhenyan, Winona y otros horrores. Habría que fundir a sus habitantes de nuevo, desde la quilla hasta los palos, para que no hiciesen el merluzo y comprendiesen alguna cosa. Discurren con cerebro pavimentado, como la pista de una supercarretera. Tienen por cabeza un garaje en desorden o una cámara fotográfica en descomposición y únicamente les carbura el músculo. En las *Hig* y en las *Little Schools*, donde los tiragomas del niño Eros ahogan las cañerías del baño, y las jóvenes estudian-

tas traen en el bolso más brea de cardigar que libros, les enseñan a jugar al baloncesto; a «pitchar», «catchar» y batear deportivamente. Les explican el álgebra impura del americanismo, en el que el bridge y el poker son las dos mitades de la vida. Y con la cajuela del razonar así de lisa, el traje corrugado de tan mal planchado, y el tobillo como una bola de billar, los mandan por el mundo a hacer crugir los espejos a carcajadas. Respiran como un Overland, echando un aliento de petróleo quemado, atufador, porque hacen cuatro comidas al día; y no trepidan ni ante la barba de culebra del rey Sargón. Dicen, sin que se les corte el resoplido del fuelle bronquial, que nuestra mística es de chinos, y la suya de wíkingos. Se miran en la pared con más atención un cromó de calendario, que una Lady de Reynolds. Se asombran más de un *turbot* bien jordinado en la mesa del Meurice, que de las Huelgas de Burgos, aunque se los inscriba en sus circuitos la sangre de Gil de Siloé; y aunque en el fondo no distingan las huevas de esturión, de los huevos al plato fritos con grasa de lubricar la Singer. Una grabación de *I Come from Alabama*, los enmarasma menos que la Novena Sinfonía de Beethoven. Ven a España ya como una chula, que se aprieta la peina en el moño para reñir. Dirigen a París, Londres o Roma, como a Teherán y a la Meca saudita, guñios que parten de lo más hondo del bolsillo del chaleco. Hablan de las naciones de la América centro-sur, barajando dividendos y balances, con chalán cinismo congresil, en un reparto de dietas, gajes y actas. Se creen en la Tierra poco menos que unos enviados del Sol. Embriagados de juventud y de salud físicas, profesan un credo de jovialidad, de vigor y de democracia programada así: «Libertad de truques y de trucos; boxe de la más repugnante suciedad, con postulados como el de «a dar, que vienen dando», «pega y corre», «agarra tajada donde la descubras», «ganar a como dé lugar». Esa es su Acta de Filadelfia; tremolando la cual, se extrañan de que no se les reciba a este lado del charco, diciéndoles: «Nuestro gozo es un pozo, del gusto de verros: las llaves y las claves del Continente son vuestras». Les ofende que en las provincias de su negocio, nuestro empaque de profesores coma con resignada gravedad la escasa paja, que ellos nos tiran al pesebre; y que, con dicho motivo, prevalezcan hasta en Bonn los estilos de responso de los popes, y que riamos con dientes de cadáver insepulto. No nos perdonan que no admiremos la astucia, con que burlan la tasa de Utilidades; y que no nos patifusione un País, en que la gente honrada no son más que daguerrotipos arrojados a un mulero o a las ratas de un tapanco. Nuestra *morgue* escama mucho a su dinero, que por todas partes huele jacobinas greñas, rojas casacas y corbata marxistas. Oficios y sermones, despachados en *short* o en mangas de camisa, abundan aquí en las mil capillas de sus cultos: de la Iglesia evangelista, de la episcopal, de la metodista, de la presbiteriana, del rito escocés, del menón y mermón, de la Adventista del séptimo día. Verdad es que en sus iglesias hay más cenas que misas. Pero, la hoz expulsa de todas partes a la cruz, detrás de la que salta el diablo del dólar y hay que estar ojo avizor y no perder punto de respetabilidad, que en Iowa se lleva como un sombrero hongo, bajo el que no se pasea una idea más que cada cinco años. Yo no digo que soy español, cuando le abandono con displicencia a alguno la mano,



porque se la tomarían antes a un cuatrero de Arizona, punto fuerte de garito; y porque capaces los creo de entregarme a Franco, incluyéndome en el precio de las bases. La pureza de costumbres, a pesar de sus pujos de honorabilidad, tiene poco que agradecerles. Aquí se produce con absoluta informalidad, un mister, que en Los Angeles, sin ser sombra de uno de ellos, tiene en su oficina un letrero de fluor, que advierte a los pelmas: «Hoy estoy muy ocupado. Péseles o le saco con el cherif». Corridas las doce de la noche, damas estucadas, más de museo que la espada del general Grant, que bailan semidesnudas, balanceándose en amantes brazos, como toneles de whisky en las olas del mar después de un torpedeo, parecen rezar una oración anabaptista, que comienza: «Entra en mí como en tu Banco y apodérate de las simientes de mi granero, ¡oh, mi Dios!» La juventud no se nos recarga menos en la asadura. Los niños, ya talludos, les vuelcan mantecaos y puñados de fideo por el escote, y tal cual rana viva en el plato de la sopa, a las niñas de que se acompañan. Una muñeca, escapada de un plátón de medias noches, que se tragaría uno de un bocadillo, lleva un sombrero con una ensaladilla Waldorf encima para adorno. Otra miss, con tallo de serpiente de cascabel, que no se tapa más que dos pulgadas de dermis, y a la que los huesos de la clavícula le rompen los hombros del vestido cuando se lo pone, se desmaya en serie en las alas cada vez de distinto tanguista, por el encierado del salón. A una dependienta de Sears Roebuck, le parece que hasta los títulos de Castilla le van a decir con las manos en alto: «Baje la escopeta de dos cañones de los ojos, que me rindo». Una estrella de Hollywood, con medias y ceñidor de hilo de oro, derrocha al andar jactancia, como braveando: «Una vagiote argentada, ¿se va a preocupar de lo que piense de su garbo un fre-gadero de grasientas focas?» Parece que no conozcamos a estas distinguidas pichonas de ladrón torcaz y viejas garzas de rapiña. Nada remotos ascendientes suyos se la campa-

ban campeando a salto de setos de espino artificial. Guisaban su rancho en sartenes de loza de granito. Vestían capotes, que parecían de hierro colado, muy propios de su temple metalúrgico. Dormían bajo techos de ripia y chillas o de cartón alquitranado, en campamentos mineros o de frontera, entre transilvanos y montenegrinos. Hoy tienen cuartos de baño; pero, sus abuelas hacían sus higienes en el barreño de la ensalada. Parían en el leñero, que era el escondrijo de sus ahorros. Se descongelaban la cama con un ladrillo caliente, envuelto en un trapo. Y no las mataba el frío en la camisa de jinga, porque soplaban como doc-kers y se endosaban doce sayas y seis pares de gruesas medias y se enterraban en chupas de piel de topo o de perro sin curtir. No se encontraban los enteleridos dedos, al repasar con ellos la cuenta del comestible. Y se les helaba la lengua en la boca, al ir a hablar a los novios, bajo un cielo color de flores de limón, tras las bardas del aserradero en que habían bailado con él, al son de un violín como una cacerola, cuyo rascador tocaba y danzaba a un tiempo. En conclusión y resumen: que se queden con sus menús a base de huevo en polvo, leche rehidratada, manteca de cazón, salchichas de molido neumático coloreadas con minio y tartas de chabacano. Que se guarden sus Arcas de Noé multifamiliares, sus calles llenas de gasolineras, el jaleo de su vivir en jazz continuo, apretados hasta en la suite de un hotel como las bisagras de una ventana. No nos enhebramos un clasicismo piramidal y lineal. No compartimos su sentimiento de la vida regimentada; metida en un casillero, en una cuadrícula, en una horma, como una horca; que es lo que en definitiva nos traen los cachorros y cachorsillas de *business man*, que piensan que poetas y románticos lo que hemos de menester es una afeitada sede-eléctrica y un corte de melenitas que como con melinita nos arrase todo el trópico de tópicos de nuestras ideas.

Angel SAMBLANCAT

## ANTIMILITARISMO Y ANARQUIA



CONTRARIAMENTE a los partidos de izquierda o de extrema izquierda, socialistas o comunistas de las diferentes escuelas, el anarquismo se ha pronunciado contra el Estado. Y de este hecho, hoy, la Anarquía es la sola «doctrina» que afirma un antimilitarismo real y positivo.

En efecto, en tanto que anarquistas, no esperamos en absoluto utilizar los engranajes del Estado para fines personales, sino al contrario, pretendemos destruir para siempre todo aparato coercitivo, nefasto y corruptor.

Por lo tanto, nos separamos netamente de estos estatistas y denunciábamos sus concepciones como mitos ilusorios y peligrosos al extremo, hoy y a la mañana siguiente de una conmoción social que haya transformado el estado actual de cosas, puesto que ellas tienden nada menos que a hacer reconocer, bajo un aspecto pretendidamente nuevo, los mismos gérmenes autoritarios que hasta el presente no han aportado al mundo del trabajo más que miseria y esclavitud.

El militarismo es una de las instituciones más formidables que sostienen al Estado. Cualquiera que sea

la forma que este último adopte, servirá siempre de puntal para la estabilidad del nuevo ídolo.

En tanto que anarquistas, continuamos siendo los enemigos irreductibles del Estado. Lo somos, no en la teoría, sino en el terreno de las realidades, contrariamente a las enseñanzas de los Marx y los Lenin. No podemos hacer ninguna concesión en este plano.

Para nosotros, el ejército, bajo los diversos aspectos en que se ha venido adornando a través de los siglos, personifica una autoridad desastrosa que fué utilizada por los intereses ambiciosos de las castas militares.

Esta casta militar, una de las primeras en la evolución de las sociedades humanas, se impuso con la tiranía al resto de los individuos; decretó ordenanzas y disciplinas para mejor hacer respetar sus mentiras y sus crímenes. Es normal que el Ejército, en el curso de los años, se convirtiera en el instrumento de defensa de los privilegios, de las religiones y de los políticos, de los plutócratas de la industria y de la finanza. Pretendió ser un factor de orden en la organización de ese desorden social que fueron las sociedades feudales y las capitalistas en el curso de los siglos.

Alguien podría imaginarse que esas costumbres



habrían podido moderarse hasta cierto punto y no seguir siendo precisamente lo que Ernesto Renan dijo del Ejército:

«En el tiempo antiguo un ejército tuvo casi siempre por origen una banda de facinerosos, o lo que es lo mismo, gente que no quería trabajar y estaban resueltos a vivir del trabajo de los demás.»

Nada ha cambiado. El ejército ha tenido a afirmar esta tradición vergonzosa que ha descrito el autor de «Vida de Jesús»:

«Esos bandoleros, una vez reconocida su autoridad, convirtiéronse en los protectores natos de los que trabajaban para ellos. Y hubo que admitir forzosamente que el orden había sido creado y mantenido en el mundo por bandoleros convertidos en policías. Esta casta militar no ha cesado de crecer. Su preponderancia en los negocios públicos ha ido creciendo incontestablemente, bien que a la hora actual continúa siendo la que detenta la mayor parte del poder, se quiera o no, pues constituye un factor esencial para el mantenimiento de las instituciones actuales.»

Pero los diversos socialismos autoritarios no pueden desinteresarse completamente del ejército, pues esperan que un día éste les rendirá eminentes servicios a fin de ayudarles a sostener las nuevas formas de gobierno a establecer por ellos. Es por esto que la concepción que tienen ellos del militarismo, sensiblemente diferente de la de nuestra presente burguesía, permanece siendo una forma de militarismo que perpetuará bajo un nuevo aspecto los execrables males que queremos nosotros abolir.

Decimos que quienes quieren utilizar la fuerza para su provecho, restándola a los partidos y a las clases que tienden a reemplazar, no son necesariamente antimilitaristas.

Nuestro antimilitarismo no puede confundirse con esos diversos movimientos llamados revolucionarios que sueñan con apoderarse del poder para instaurar su dictadura «sobre» el proletariado.

Enemigos de la autoridad de ayer, a la mañana siguiente se convierten en defensores y sostenedores de la que acaba de nacer, proclamada necesaria a su vez para que sobreviva «su» revolución. Se la llama pomposamente «dictadura del proletariado», pero con bastante exactitud Rosa Luxemburgo dio la verdadera significación de esta «élite» que dirige y rige esta nueva forma de gobierno:

«En realidad, se trata aquí de un régimen de «clique»; una dictadura, sí, pero no una dictadura del proletariado. La dictadura de un puñado de políticos es la dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación jacobina.»

Si podemos estar de acuerdo sobre ciertas necesidades de lucha contra el ejército, nuestro divorcio no es menos profundo en cuanto a la forma social de nuestra sociedad futura, y nuestra actitud hacia los factores de autoridad permanece en pie. Este antagonismo fué una de las causas del fracaso de la Acción Internacional de los Antimilitaristas antes de la guerra; bajo otras formas continúa separándonos aun hoy en la lucha a emprender contra la guerra.

«El servicio de la clase burguesa — escribió Raül Verfeuil, en «Le Populaire» — debemos considerarlo, en tanto que institución, como enemigo hasta el día

en que podremos a nuestra vez servirnos de ella para asegurar la dominación del proletariado.»

No voy a llegar al extremo de rememorar la propaganda de la «Guerre Sociale», que dirigió en ese tiempo ese impostor que fué Gustavo Hervé. Se recordará que predicó también él el ingreso en el regimiento para propagar el espíritu nuevo, y soñó en conquistar el ejército para su propaganda, a fin de convertirlo en el futuro ejército revolucionario. Es conocido el fin de esta historia y el naufragio desgraciado de ese peón que plantó un día, simbólicamente, la bandera en el estercolero.

Nos encontramos, pues, en presencia de dos suertes de antimilitarismos: el condicional que, desde los «herveístas» de anteguerra a los stalinistas de hoy (pasando por los diversos escalones socialistas, comprendido el que predica la defensa de la patria en régimen capitalista), considera el individuo obligado a inmolarse en aras de intereses que, sean colectivos o de clase, son concordantes con los intereses de casta o de oligarquía.

Subordinado a la variabilidad de los intereses, este antimilitarismo es de un oportunismo extraordinario, al punto de convertirse, si a mano viene, en más feroz que aquel que se desea liquidar.

El antimilitarismo libertario, éste, sin repudiar una libre violencia defensiva, se levanta contra la violencia dirigida, y repugna la obligación de convertirse en homicida o de inmolarse en nombre de nuevos dioses, del militarismo blanco o rojo.

El individuo es la sola realidad que debe respetarse, y, ni el interés, ni la necesidad del Estado o de la clase, pueden obligarle a conceder la más mínima partícula de su personalidad. El antimilitarismo libertario resiste ante la nueva esclavitud que se pretende imponerle en nombre de entidades nuevas.

Marianne Rauze, en un folleto sobre la filosofía del antimilitarismo, concluye con esta observación pertinente relativa al antimilitarismo integral:

«En esta hora, aplastados entre dos militarismos implacables — el que no quiere desaparecer y el que pretende nacer — es la más grande gloria y el más grande honor ser la preocupación a la vez de los partidos gubernamentales y de los partidos que se dicen de la revolución.»

El antimilitarismo positivo reposa, pues, sobre una forma imperiosa que resulta de la concepción de nuestra misma filosofía. El ejército es un armatoste de la autoridad y nuestro antimilitarismo no pretende combatir la presente forma del ejército para sostener mañana, según las circunstancias favorables, otra fuerza armada cuyas circunstancias tiránicas serán tanto o más monstruosas.

No deseamos ese eterno volver a empezar la Historia; y es por esto que nos mostramos adversarios del antimilitarismo condicional.

Enemigos del capitalismo, adversarios del Estado, aunque sea proletario, somos también enemigos de los militaristas, porque son su sostén principal, y aquellas las más fuertes y nefandas instituciones que deseamos liquidar.

Nuestro antimilitarismo racional se integra a la anarquía. Y somos antimilitaristas porque somos racionales.

Hem DAY



## DEVANEOS

## En apuros de pureza



IRSUTO, jadeante, con pasos ebrios, cual nuevo Diógenes saliendo de su tonel con varias toneladas de amargura a cuestas, se metió en el túnel de la tierra ciega — por la nocturnidad envuelta — zarrandeando con su débil diestra su apagada linterna.

Buscó la roca desnuda, agresiva, sinésped, y sobre ella sentado, inició el siguiente devaneo:

«Ah, mi sed! ¡Mi sed de pureza, de pureza perfecta, de pureza eterna!

La sed que reseca mi lengua, que agrieta mis labios, que hace retorcer, de mi abrojososa barba, los pelos.

¡Un sorbo, sólo un sorbo de esa pureza para apagar en mis entrañas el sordo incendio.

¿En dónde hallaría la fuente esa?

¿La hay acaso en todo el ámbito de la naturaleza envolvente, insolente, insolvente...?

¿Amar los hombres cuales son y como sea?

No puedo. ¿Amarlos? Sí, pero como querría que fuesen.

No puedo quererlos con su indumentaria siniestra, ni con sus modales simiescos. Con su puñal al cinto unos; otros con el rabo entre las piernas.

Armas infames simbolizando una ciencia sin conciencia. Pretendiendo hacer con ellas justicia, y dar acceso al derecho con ellas.

¡Quitadme de la vista esas caracterizadas caricaturas del hombre aparentado a la hiena!

Fuerzas oscuras de sus instintos que sólo dan luz para alumbrar sus malévolos deseos.

No puedo quererlos con la sangre que chorrea por todos sus miembros después del crimen; con sangre en sus ojos coléricos, con sangre en sus cerebros proyectando futuros degüellos.

¿Perdonarlos? ¿Perdonarlos que no son ellos? ¿Pero puede amarse al que se perdona, a un ser así de infecto? ¿Al ser que furioso arremete vencedor, y sólo vencido se arrodilla y se arrepiente?

Ni puedo verlos sudando sumisos, sudando contenidos; sudando gotas de un miedo que se les adentró hasta el tuétano. Y temblorosos, sudando así, hasta que el sudario grotesto cubra su descompuesto cuerpo.

Sí, ya sé. Son las víctimas. Y cierto, todas las víctimas fuerzan el respeto.

Mas el amor, el verdadero amor, se nutre de algo más que todo eso.

¿De qué sirve el que yo me explique sus debilidades, y al verles sufrir los absuelva? Si yo quiero verlos alegres y fieros, liberando sus fuerzas latentes. Ellos, los poderosos, los que sudando saben forjar puñales, navajas, cañones, toda la gama de armas bélicas. Y que luego regalan al majo que ha de cortarles la ingle; salvaguardar la bolsa, robarles su vida indefensa.

Y menos mal si, por el vil salario del miedo, no se brindan para cabestros, y por orden del jerarca no se

entredeguellan en su propio medio, en su mismo término.

No. Yo no puedo amar un ser así de necio.

¿Amar al hombre con su secreto cortejo de envidias, que rondan por dentro, chorreando pus, purulencias por fuera? Que requiere lo poco que tú posees contento, y desprecia lo mucho que él contiene gimiendo.

¿Al hombre de vana ciencia que cree saber lo que puede y no acierta a saber lo que quiere?

¿Al ser de indigentes creencias, de sentimientos toscos, de ideas peregrinas y de letárgicos sueños?

¿Querer a este ser que desesperado clama, que prosternado ruega, que vilmente limosnea — párpados abatidos — se haga la luz en sus ojos sanos, que no ven por las legañas acumuladas entre pestaña y pestaña de descuidada cenicienta?

¿Amar la hembra encelada que por doquier acecha, y en cualquier detalle ve infidelidad y ofensa?

¿Amar la hembra con celo celestinesco que más que sigue persigue...? Amar entonces la cortesana, que no hay por donde cortarla, ni con guantes por donde cogerla.

No. No. En mi tebaida. Ahí quieto.

¿Amar la víctima irresponsable que se inmola por seguir el ejemplo, que no sabe lo que deja detrás con su gesto? Entonces amamos también al verdugo inconsciente que ni sabe quien le paga, ni a quien obedece sirviendo.

Tanto monta.

¿Qué más da entonces amar al reptil que muere, y luego muere, sin ninguna reminiscencia de vano remordimiento?

¿O amar al sauce que en la ría se mira sin verse, ni preocuparse si te es agradable u hostil su sombreada presencia?

¿O amar la piedra, la piedra roqueña, la piedra sorda, la piedra ciega, la piedra inerte que sirve de asiento a mi cuerpo y de tribuna a mi devaneo?

Sí, es esto. Y amarla asido hasta confundirme con ella. Hasta que la fuerza de su inercia apacigüe mi devaneo eterno. Y unos granos adhesivos, mitad cal, mitad arena, sean las únicas huellas de una vida pura, quizás... ¿estéril?»

Fugaz, un aerolito cruzó el entenebrecido cielo. Y pensativo miró hacia arriba.

Pausada, una pastora cantaba muy quedo siguiendo el rebaño que descendía por el sendero.

Y con el interés del deseo miró hacia abajo. Concluyendo marchando su devaneo:

«¿Y quién será yo para pretender en los demás, en derredor mío tanta pureza? ¿No serán estos pruritos de pureza, a la postre, trasunto de mi congenital pereza?

¿Y no será ella la que me ordene que, para salvarme de la ambiental impureza, sin lucha perezca?»

Cogió una piedra del suelo. Y con furia arrojóla contra la roca que le sirvió de asiento a su cuerpo y de tribuna a su devaneo. Surgió una chispa. Y hacia la vida, para apurarla viviendo, se fué corriendo.

Plácido BRAVO



# KRONSTADT

## DESORDENES OBREROS EN PETROGRADO



RA al comienzo de 1921. Los largos años de guerra mundial, de revolución y de guerra civil debilitaron a Rusia hasta el extremo y pusieron al pueblo en la pendiente de la desesperación. Pero, en fin, la guerra civil terminó: los numerosos frentes fueron liquidados, y Wrangel—la última carta de la Entente intervencionista y de la contrarrevolución rusa—fué derrotado, concluyendo su actividad militar en Rusia. El pueblo esperaba ahora con confianza una mitigación del severo régimen bolchevique. Se esperaba que los comunistas, terminada la guerra civil, aligerarían las pesadas cargas, abolirían las restricciones introducidas durante la guerra, instaurarían ciertas libertades fundamentales y comenzarían la organización normal de la vida. Lejos de ser popular, el gobierno bolchevique era, por el contrario, soportado por los obreros debido a su plan, frecuentemente anunciado, de emprender la reconstrucción económica del país tan pronto cesaran las operaciones militares. El pueblo estaba lleno de celo para cooperar, para prestar su iniciativa y su esfuerzo creador en la obra de reconstrucción del país arruinado.

Desgraciadamente, estas esperanzas fueron pronto frustradas. El Estado comunista no evidenció, de ningún modo, tener la intención de debilitar el yugo. Continuaba la misma política. La militarización del trabajo esclavizaba aún más al pueblo, y éste se exacerbaba más y más por la opresión creciente y por la tiranía. Tal estado de cosas paralizaba toda posibilidad de un renacimiento industrial.

Desaparecía la última esperanza y se reforzaba la convicción de que el partido comunista estaba más interesado en conservar el poder político que en salvar la revolución.

El elemento más revolucionario de Rusia, el proletariado de Petrogrado, fué el primero en protestar. Lanzó la acusación de que, entre otras causas, la centralización bolchevique, la burocracia y la actitud autocrática con los campesinos y obreros eran directamente responsables, en gran parte, de la miseria y de los sufrimientos del pueblo. Gran número de talleres y fábricas de Petrogrado debieron cerrar sus puertas; los obreros se morían literalmente de hambre. Organizaron reuniones para considerar la situación, y fueron dispersados por el gobierno. El proletariado de Petrogrado, que soportó todo el peso de las luchas revolucionarias, y cuyos enormes sacrificios y heroísmo salvaron la ciudad contra Yudenich, se irritó ante los manejos del gobierno. La animosidad contra los métodos empleados por los bolcheviques continuaba creciendo. Los comunistas rehusaban las menores concesiones al proletariado, ofreciendo al mismo tiempo entenderse con los capitalistas de Europa y de América. Los obreros se indignaron. Con el fin de forzar al gobierno a examinar sus exigencias, se declararon huelgas en la fábrica de municiones («Patronny»), en las fábricas del Báltico y de Trubochny, en la fábrica de Laforni. Pero en lugar de discutir la cuestión con los obreros descontentos, el gobierno de los obreros y campesinos creó

un Comité de defensa como en período de guerra, con Zinoviev—el hombre más odiado de Petrogrado—, como presidente. El fin manifesto de este Comité era el de estrangular el movimiento huelguista.

El 24 de febrero se declararon las huelgas. El mismo día los bolcheviques enviaron los «kursanty»—los estudiantes comunistas de la academia militar que se preparaban para los grados de oficiales del ejército y de la marina—, para dispersar a los trabajadores que se habían reunido en Vasilievsky Ostrov, el barrio obrero de Petrogrado. Al día siguiente, 25 de febrero, indignados, los huelguistas de Vasilievsky Ostrov visitaron los astilleros del Almirantazgo y los docks de la Galernaya y persuadieron a los obreros a asociarse contra la actitud autocrática del gobierno. La demostración intentada en las calles de la ciudad por los huelguistas, fué dispersada por los soldados.

El 26 de febrero, en la reunión del Soviet de Petrogrado, un conocido comunista, Laskevich, miembro del Comité de defensa y del Consejo militar revolucionario de la república, denunció el movimiento huelguista en los términos más acerbos. Acusó a los obreros de la fábrica de Trubochny de haber incitado al descontento y de ser «hombres que no pensaban más que en su provecho personal y que eran contrarrevolucionarios»; friamente propuso cerrar la fábrica de Trubochny, proposición aceptada por el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, del que Zinoviev era presidente. Los huelguistas de Trubochny fueron, pues, lock-outados y privados automáticamente, por consecuencia, de su ración de víveres.

Las medidas del gobierno bolchevique sirvieron para agriar más el antagonismo de los obreros.

En las calles de Petrogrado comenzaron a aparecer proclamas de huelga. Algunas de ellas llevaban ya un carácter francamente político; el más caracterizado de estos manifestos, fijado en los muros de la ciudad el 27 de febrero, decía:

«Se ha hecho necesario un cambio completo en la política del gobierno. En primer lugar, los obreros y los campesinos tienen necesidad de libertad. No quieren vivir según los decretos de los bolcheviques; ¡quieren controlar sus propios destinos!

»¡Camaradas, mantened el orden revolucionario! Exigid de un modo organizado y decidido:

»La liberación de todos los socialistas y de los obreros sin partido encarcelados;

»La abolición del estado de sitio; la libertad de palabra, de prensa y de reunión para todos los que trabajan;

»La elección libre de los Comités de fábrica y de los representantes a los sindicatos y a los soviets;

»Organizad reuniones, adoptad resoluciones, enviad vuestros delegados a las autoridades y trabajad en la realización de vuestras exigencias!»

El gobierno respondió efectuando numerosos arrestos y suprimiento varias organizaciones obreras. Esta medida aumentó aún más la efervescencia de las masas; las peticiones reaccionarias comenzaron a aparecer. Así, una proclama de los «obrerros socialistas del distrito de Nevsky» apareció



el 28 de febrero, terminando con un llamamiento en favor de la Asamblea Constituyente:

«Sabemos quién tiene miedo de la Asamblea Constituyente. Son los que no podrán robar al pueblo entonces. Tendrán, al contrario, que responder ante los representantes del pueblo por sus mixtificaciones, sus robos y sus crímenes.

«¡Abajo los comunistas odiados!

«¡Abajo el gobierno soviético!

«¡Viva la Asamblea Constituyente!»

Durante este tiempo, los bolcheviques concentraron en Petrogrado considerables fuerzas militares llevadas de la provincia, y mandaban a la capital del norte, desde la línea del frente, los regimientos comunistas más fieles. Petrogrado fué declarado en «estado extraordinario de guerra». Los huelguistas fueron subyugados por la fuerza y la agitación obrera aplastada con mano de hierro.

## II

### EL MOVIMIENTO DE KRONSTADT

Los marineros de Kronstadt se alarmaron visiblemente ante los acontecimientos de Petrogrado. Su actitud frente a las rigurosas medidas tomadas por el gobierno contra los huelguistas estaba lejos de ser amistosa. Sabían lo que tuvo que soportar el proletariado revolucionario de la capital durante los primeros días de la revolución, su heroica lucha contra Yudenich, la paciencia con que toleró las privaciones y la miseria. Pero Kronstadt estaba lejos también de favorecer la Asamblea Constituyente, o la experiencia del comercio libre de que se hablaba en Petrogrado. Los marinos eran, tanto espiritualmente como en la acción, ante todo, revolucionarios. Eran los partidarios más decididos del sistema de los Soviets, pero se oponían a la dictadura de un partido político cualquiera.

El movimiento de simpatía hacia los obreros huelguistas de Petrogrado, comenzó primeramente entre los marinos de los barcos de guerra «Petropavlovsk» y «Sebastopol», los mismos navíos que en 1917 fueron el apoyo principal de los bolcheviques. El movimiento se extendió a toda la flota de Kronstadt, y después a los regimientos rojos estacionados allí. El 28 de febrero, la tripulación del «Petropavlovsk» adoptó una resolución que obtuvo también el consentimiento de los marinos del «Sebastopol». La resolución pedía, entre otras cosas, las elecciones libres del Soviet de Kronstadt, cuyo mandato iba pronto a expirar. Al mismo tiempo fué enviada a Petrogrado una comisión de marinos para obtener informaciones sobre la situación.

El 1.º de marzo se celebró una reunión pública en la plaza del Ancla, en Kronstadt; fué convocada oficialmente por las tripulaciones de la primera y la segunda escuadra de la flota del Báltico. Dieciséis mil marineros, soldados rojos y trabajadores acudieron a ella; la presidió el presidente del Comité ejecutivo del Soviet de Kronstadt, el comunista Vasiliev. El presidente de la República socialista federativa de los Soviets, Kalinin, y el comisario de la flota del Báltico, Kuzmin, estaban presentes, y tomaron la palabra. Debe hacerse notar aquí, como indicación de la actitud amistosa de los marinos hacia el gobierno bolchevique, que Kalinin, a su llegada a Kronstadt, fué recibido con los honores militares, con música y con banderas desplegadas.

La comisión de marinos que había sido enviada a Petrogrado presentó su informe en el mitin. Este informe confirmó las peores aprensiones de Kronstadt. La reunión expresó abiertamente su indignación contra los métodos empleados por los comunistas para sofocar las aspiraciones de los obreros de Petrogrado. La resolución adoptada por el «Petropavlovsk» el 28 de febrero fué entonces presentada a los reunidos. El presidente de la República, Kalinin, y

el comisario Kuzmin, atacaron ferozmente la resolución, a los huelguistas de Petrogrado y a los marinos de Kronstadt. Pero sus argumentos no impresionaron a los asistentes y la resolución del «Petropavlovsk» fué adoptada por unanimidad. He aquí el documento histórico:

*«Resolución de la reunión general de la primera y segunda escuadra de la flota del Báltico, celebrada el 1.º de marzo de 1921»*

Habiendo oído el informe de los representantes enviados a Petrogrado por la reunión general de las tripulaciones para examinar allí la situación,

Decide:

1) Dado que los Soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y de los campesinos, celebrar inmediatamente las nuevas elecciones por voto secreto, teniendo completa libertad de agitación entre los obreros y campesinos la campaña electoral;

2) establecer la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de la izquierda;

3) asegurar la libertad de reunión para los sindicatos y para las organizaciones campesinas;

4) convocar una conferencia independiente de los obreros, soldados rojos y marinos de Petrogrado, antes del 10 de marzo de 1921;

5) liberación de todos los presos políticos socialistas y también de todos los obreros, campesinos, soldados y marinos encarcelados por el delito de participación en los movimientos obreros y campesinos;

6) elegir una comisión de examen de los casos de aquellos que se encuentran en las prisiones y en los campos de concentración;

7) abolir las oficinas políticas, porque ningún partido debe tener privilegios para la propaganda de sus ideas, ni recibir la ayuda financiera del gobierno para tales fines. En su lugar será necesario instituir comisiones de educación y de cultura social, elegidas localmente y sostenidas materialmente por el gobierno;

8) abolir inmediatamente los destacamentos de portazgo» (1);

9) igualación de las raciones para todos aquellos que trabajan en oficios peligrosos para la salud;

10) abolición de los destacamentos comunistas de guerra en todas las secciones del ejército, lo mismo que de la guardia comunista apostada en los talleres y en las fábricas; en caso de necesidad, estos destacamentos o pelotones de guardia deberán ser designados en el ejército, desde las filas mismas, y en las fábricas según los deseos de los obreros;

11) dar a los campesinos plena libertad de acción en lo que concierne a sus tierras y también el derecho a poseer ganado, a condición de que se arreglen los campesinos mismos sin tener que recurrir a la explotación ajena;

12) pedir a todas las secciones del ejército y a nuestros camaradas los *kursanty* militares que acepten nuestras resoluciones;

(1) *Destacamentos armados organizados por los bolcheviques para suprimir el comercio ilícito y para confiscar los viveres y otros productos. La irresponsabilidad y la arbitrariedad de estos métodos se han hecho proverbiales en toda la extensión del país. El gobierno suprimió estos destacamentos en la provincia de Petrogrado la víspera de su ataque a Kronstadt—una jugarreta al proletariado de Petrogrado.*



13) pedir a la prensa que dé la mayor publicidad a nuestras resoluciones;

14) designar una comisión ambulante de control;

15) permitir la pequeña industria a domicilio.

La resolución es adoptada por unanimidad por la reunión de la brigada, absteniéndose de votar sólo dos personas.

PETRICHENKO

*Presidente de la reunión de la brigada*

PEREPELKIN

*Secretario*

Resolución adoptada por aplastante mayoría por la guarnición de Kronstadt.

VASILIEV

*Presidente.*

Esta resolución que, como hemos dicho ya, fué combatida ardientemente por Kalinin, fué adoptada a pesar de su protesta. Después de la reunión, Kalinin pudo volver a Petrogrado sin ser inquietado.

En esta misma reunión se resolvió enviar a Petrogrado un comité que explicaría a los obreros y a la guarnición de la capital las peticiones de Kronstadt y pediría que delegados independientes (no pertenecientes a ningún partido) fuesen enviados por ellos a esta ciudad para informarse sobre el estado verídico de las cosas y sobre las peticiones de los marinos. Este comité, compuesto de treinta miembros, fué detenido en Petrogrado por los bolcheviques; su suerte ha quedado siempre en el misterio.

Como la existencia legal del Soviet de Kronstadt llegaba a su término, la reunión de la brigada decidió convocar una conferencia de delegados para el 2 de marzo, a fin de discutir el modo de celebrar las elecciones. En la conferencia tomaban parte representantes de los navíos de guerra, de la guarnición, de las diferentes instituciones soviéticas, de los sindicatos y de los talleres. Cada organización estaba representada por dos delegados.

Celebróse la conferencia el 2 de marzo en la Casa de Educación (anteriormente Escuela de Ingenieros de Kronstadt), asistiendo a ella trescientos delegados, entre los que se encontraban también comunistas.

La reunión, abierta por el marino Petrichenko, eligió una presidencia de cinco miembros. La cuestión principal a resolver por los delegados concernía a las nuevas elecciones del Soviet de Kronstadt, que debían verificarse pronto, y establecer los principios sobre los cuales deberían celebrarse. La reunión tenía también que poner en práctica las resoluciones adoptadas la víspera y acordar los mejores medios para ayudar al país a salir de las condiciones lamentables creadas por el hambre y por la falta de calefacción.

El espíritu de la conferencia era claramente sovieta; Kronstadt exigía los Soviets libres de toda intervención y de todo partido político, Soviets independientes que fueran el reflejo de las aspiraciones de los obreros y campesinos y expresaran su voluntad. La actitud de los delegados era antagónica al régimen arbitrario de los comisarios burocráticos, pero simpática a la orientación del partido comunista como tal. Eran partidarios abnegados del sistema de los Soviets y sinceros en su deseo de encontrar amistosa y pacíficamente una solución a estos problemas apremiantes.

El comisario de la flota del Báltico, Kuzmin, fué el primero en usar de la palabra. Hombre más bien de energía que de juicio, no se dió cuenta de la gran importancia del movimiento. No supo ponerse a la altura de la situación; atraerse los corazones y los cerebros de estos hombres tan sencillos, marinos y trabajadores, que habían hecho tantos sacrificios por la revolución y estaban extenuados y deses-

perados. Los delegados se habían reunido para entenderse con los representantes del gobierno. Pero en lugar de ese espíritu conciliador, el discurso de Kuzmin fué una antorcha encendida lanzada sobre pólvora. Indignó a todos por su arrogancia y su insolencia. Negó los tumultos obreros de Petrogrado, diciendo que la ciudad estaba tranquila y los obreros satisfechos. Alabó el trabajo de los comisarios, puso en duda los motivos revolucionarios de Kronstadt y habló de los peligros que amenazaban por la parte de Polonia. Llegó hasta proferir insinuaciones indignas y a rugir amenazas. «Si queréis la guerra abierta, concluyó Kuzmin, la tendréis, porque los comunistas no aflojarán las riendas del gobierno. Lucharemos hasta el fin.»

El discurso provocativo y desprovisto de tacto del comisario de la flota del Báltico fué un insulto a los delegados. El discurso del presidente del Soviet de Kronstadt, el comunista Vasiliev, que habló después de Kuzmin, no causó ninguna impresión; fué impreciso y sin mérito. Cuanto más se desarrollaba el mitin, más francamente antibolchevique se tornaba la actitud general. Y, sin embargo, los delegados esperaban llegar todavía a entenderse con los representantes del gobierno. Pero se advirtió en seguida, decía el informe oficial (1), que «no podíamos tener confianza en nuestros camaradas Kuzmin y Vasiliev, y que se había hecho necesario aislarnos temporalmente, sobre todo porque los comunistas están en posesión de las armas y nosotros no tenemos acceso a los teléfonos. Los soldados tienen miedo a los comisarios, de lo cual tenemos la prueba en la carta leída en la reunión de la guarnición».

Kuzmin y Vasiliev fueron entonces alejados de la reunión y arrestados. Un rasgo característico del espíritu de la conferencia está en el hecho de que una moción que pedía el arresto de los demás comunistas presentes fué rechazada por inmensa mayoría. Los delegados sostenían que los comunistas debían ser considerados igualmente que los representantes de las otras organizaciones y debían gozar de los mismos derechos y respetos. Kronstadt estaba siempre resuelta a hallar una base de reconciliación con el partido comunista y con el gobierno bolchevique.


Las resoluciones del 1.º de marzo fueron leídas y adoptadas con entusiasmo. En ese momento la reunión se animó y excitó vivamente al declarar un delegado que quince camiones de soldados y de comunistas armados de fusiles y de ametralladoras habían sido enviados por los bolcheviques con orden de atacar a los reunidos. «Esta información—continúa el informe del Izvestia—promovió un profundo resentimiento entre los delegados.» La investigación hecha demostró que el informe carecía de todo fundamento pero persistían los rumores de que un destacamento de *kursanty*, con el famoso chekista Dukin a la cabeza, marchaba ya en dirección al fuerte de Krasnaya Gorka. En vista de estos nuevos acontecimientos y de las amenazas de Kuzmin y de Kalinin, la conferencia se dedicó inmediatamente a organizar la defensa de Kronstadt contra el ataque bolchevique. El tiempo apremiaba y se decidió transformar la presidencia de la conferencia en un Comité revolucionario provisional, que tenía por deber mantener el orden y la salvaguardia de la ciudad. El Comité debía emprender también los preparativos necesarios para celebrar las nuevas elecciones del Soviet de Kronstadt.

(1) «Izvestia», del Comité Revolucionario provisional, número 9, 11 de marzo de 1921.

Alejandro BERCKMANN

(Continúa.)





## *Poetas de Ayer y de Hoy*

### **EN EL CAMPO**

La muerte se disfraza  
de gritos;  
el vacío  
de ruido y movimiento,  
máscaras estridentes de la Nada.

Atrás se queda la ciudad gruñendo.

El paisaje está fuera,  
margen inmensa y solitaria, orilla  
apetecida en el desvelo oscuro,  
en las crispadas horas  
de la ciudad transida de naufragios.

Aquí los altos árboles, el aire  
aséptico, oloroso, saturado  
de hierbas y eucaliptos.  
Aquí la piedra, el río,  
la redonda colina con sus pájaros  
afanosos de azul, de blanquiazul, de nubes  
húmedas, pasajeras, inestables.

Fijas, como inmutables,  
están las cosas simples, primigenias.  
Sólo el amor les presta forma y vida.

Por él todas las cosas  
humildes se enriquecen:  
esa tersa y fluyente  
cabellera del agua siempre joven;  
esa música pura  
de la brisa en el arpa  
antigua de los árboles;  
esa flor, pincelada  
sin designio aparente  
traduce la espontánea  
ordenación de la belleza.

Esas cosas ¡oh, sí!  
fijas y nunca iguales,  
que están en este campo, en otros campos  
para ser inventadas cada día.

Benito MILLA

Agosto de 1953.



# "La C.N.T. en la Revolución española"

Está terminado y próximo a aparecer el tercer y último volumen de esta importantísima obra, en la que el compañero José Peirats se ha esforzado en establecer la verdad histórica en torno a la participación de la C.N.T. en la Revolución española iniciada el 19 de julio de 1936.

Debido al más elevado coste del papel y de la mano de obra, a pesar de nuestro firme propósito de evitar todo aumento de precio, nos vemos obligados a elevar de cincuenta francos el valor del tomo III. Así pues, este se venderá a 750 francos, precio de venta, con el acostumbrado descuento de 10 % a paqueteros y corresponsales.

Para aquellos lectores que quieran contribuir a ayudarnos a hacer frente a los pagos apremiantes de la edición, haremos como para los volúmenes precedentes, condiciones especiales.

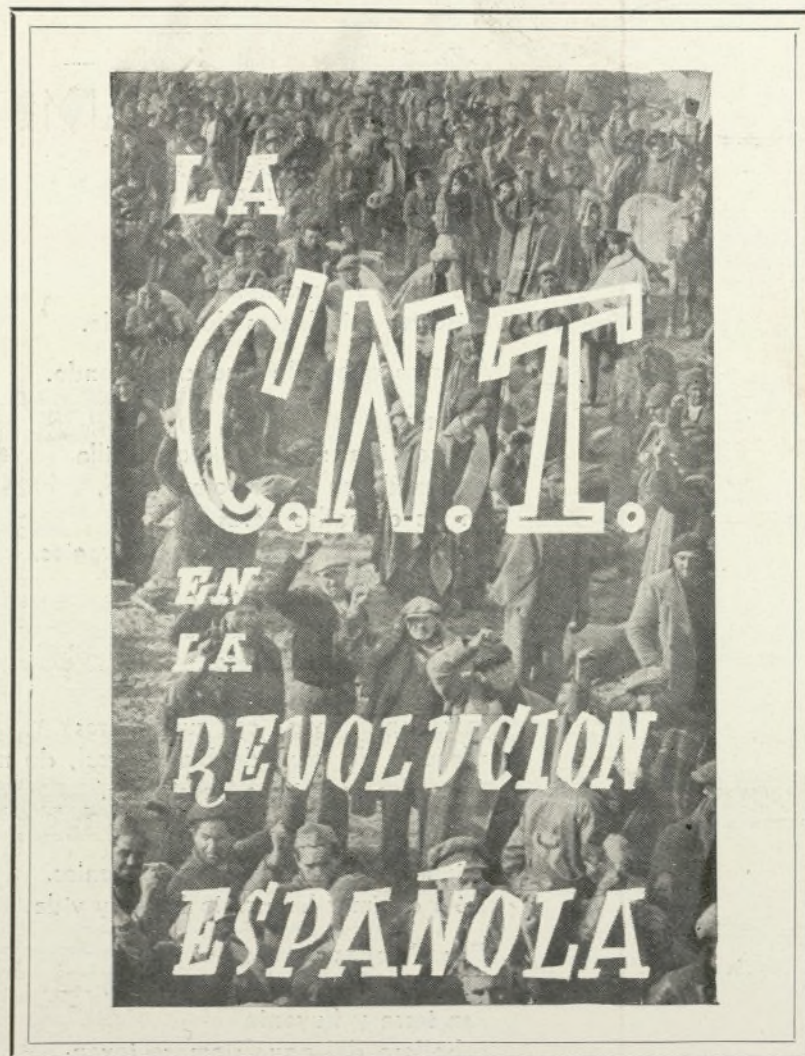
Todos aquellos que envíen ya desde este momento el valor del tomo III, lo recibirán a su aparición al precio de 650 fr. Para la buena marcha administrativa, rogamos a todos cuantos envíen el pago anticipado, especifiquen bien claro en el dorso del mandat: Para pago del tomo III de «La C.N.T. en la Revolución Española».

\*\*\*

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C.N.T. en la Revolución Española», libro escrito con profunda objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el II tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, pronto a ponerse a la venta:



Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incau-

tación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXV. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVI. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVII. — El último baluarte.

Capítulo XXXVIII. — ¡Ay del vencido!

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)